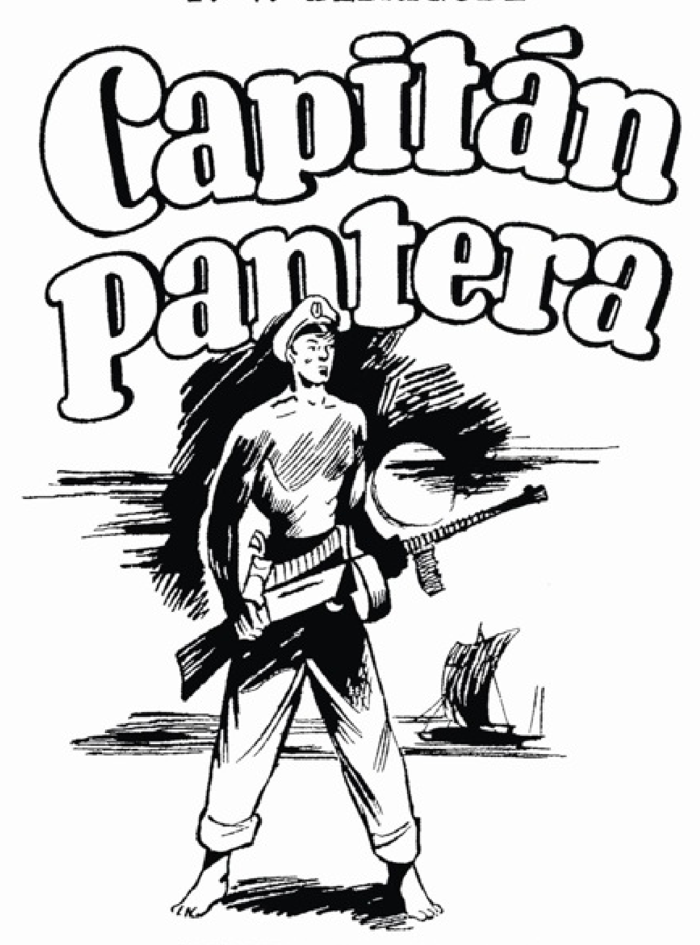


3 PTAS

PIRATAS MODERNOS

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona

C



Por P. V. DEBRIGODE

APÍTULO PRIMERO

DOS MARINEROS Y UN SACO

Como puerto principal de enlace de las rutas europeas y americanas con el Oriente, la ciudad de Shangai era en el año 1920 un hormiguero de humana actividad comercial.

Todas las nacionalidades dábanse cita en sus caleidoscópicas calles y constituía el cotidiano espectáculo la práctica del principio de la confraternidad racial.

Junto a los «rickshaws» conduciendo un blanco en traje de albo dril y convoyado por la fuerza muscular de unas piernas bronceadas de oriental, pasaba raudo el lujoso automóvil conducido por un chofer blanco a las órdenes de un magnate chino.

Pero esta confraternidad era sólo aparente; la pugna de razas latía sorda y calladamente. Y sus chispazos prendían en hogueras que degeneraban en tormentas sangrientas en las callejuelas cercanas al Malecón del Puerto, donde la concentrada esencia de todas las iniquidades emanaba su pestilente aroma ambiental.

En una bocacalle cuyas paredes rezumantes de salitre denotaban la proximidad del mar, un cartelón que rezaba en inglés «Los alegres muchachos» se bamboleaba impulsado por la brisa nocturna sobre la puerta de mugrientos cristales tras los que en el denso humo recortábanse múltiples perfiles que exhibían desde la barba en collar del lobo marino hasta los bestiales rasgos achatados del mulato martiniqués.

Ross Maloney, imberbe larguirucho y pecoso, detúvose frente al portal encristalado, indeciso. En el bolsillo superior de su pescadora gris manoseó nerviosamente los diez dólares que poseía, toda su fortuna en el mundo desde que el patrón de la goleta donde prestaba sus servicios de grumete lo había despedido ante la quiebra de la compañía armadora.

Rascóse con ademán poco elegante la enmarañada cabellera rubio-rojiza. Al fin se decidió; quizás allí dentro, además de un poco de calor humano, hallaría un patrón necesitado de grumetes.

Los espigados dieciocho años de Ross Maloney plasmaban en su rostro el inconfundible sello de la vitalidad ingenua. Había huido de su hogar allá en la lejanísima granja de Rockville, en Kentucky (E.E.U.U.), a la edad de dieciséis años.

Una novela había tenido la culpa de su huida; sólo un párrafo que había quedado profundamente grabado en su mente, como si las letras en vez de ser tinta impresa hubieran sido candentes trozos de plomo sobre el papel virgen de su cerebro soñador.

«La melancolía vagabunda de esos hombres un poco marineros y otro poco piratas que persiguen en la aventura de puerto un minuto de felicidad que pagan a veces con la vida… Buscadores de fortunas en todos los rumbos de la rosa de los vientos; hombres de pelo en pecho para los que la vida no tiene otro valor que el del minuto en que viven; todos ellos son enfermos de romanticismo y de azul que intentan realizar sus quimeras en islas presentidas y tierras paradisíacas.»

Y Ross Maloney había huido del confortable y dulce vivir de su granja natal. Después… Hartazgo de golpes porque el café estaba frío; amaneceres lívidos que acompañaban la música de dientes entrechocando sobre cubiertas azotadas por el denso oleaje y el gélido huracán; brutalidades sin cuento; puertos donde todo era mugre, vicio y traición…

—¡Eh, tú! ¿Piensas echar raíces en el suelo?

Ross Maloney, al sentirse interpelado despertó de sus meditaciones, que cuando le asaltaban, fuera donde fuese, dejaban brazos colgantes; boquiabierto con los ojos fijos en un indefinible punto lejano.

Sonrió servilmente con sumisión hombre-niño siempre azotado. Miró humildemente al que le había interpelado, un robusto «mezclado» que compendiaba en sus rasgos contradictorios las características sajonas y su materna sangre oriental. Lucía un delantal que pretendía ser blanco y que le señalaba como el camarero-matón de «Los alegres muchachos».

—Quisiera beber algo caliente, señor. Un «grogg» con mucho limón y poco ron.

—Si tienes con qué pagar lo que bebas, acércate al mostrador. Pero si no llevas plata más vale que… ¡Ah! ¿Conque eres un hombre rico, eh? —dijo el «mezclado» ojeando el billete de diez dólares que Roes Maloney exhibía con pueril orgullo—. Siéntate aquí mismo, marinero. Yo personalmente voy a traer un «grogg» que te quitará todo el frío que has acumulado.

Ross Maloney agradecido se sentó. Poco después paladeaba la suave mixtura cálida donde el agua caliente diluía limón, azúcar y ron…, pero ignoraba o a la vez bebía una macerada infusión hoja de adormidera.

Miró ávidamente a los concurrentes buscando entre ellos al patrón que pudiera salvarle de su naufragio en tierra. Recorrió los rudos rostros indiferentes que sólo tenían ojeadas amorosas para los vasos que empuñaban; sintióse sordo latir en las sienes… Le pesaba cabeza; entornó las pestañas… y poco después era llevado en brazos por «mezclado», que indulgentemente decía en voz alta:

—El pobre chico no tiene costumbre de beber. Se lo avisé, pero no quiso hacer caso.

El inconsciente Ross Maloney aterrizó violentamente, sin sentido, sobre un montón de informe basura en la esquina exterior de la bocacalle. Antes, el «mezclado» le quitó el lastre de los diez dólares.

Cuando despertó examinó asombrado la débil luz que a través de una reja clareaba el duro suelo sobre el que estaba acostado. Se levantó estremeciéndose de frío. Absorto contempló al policía británico que pausadamente efectuaba una ronda por delante de las rejas.

—¡Pssst! ¡Señor! Yo creo… en fin, yo suplico que me explique dónde estoy.

El policía acercóse, tosiendo para aclararse la garganta.

—Saldrás a las siete. Falta, aún media hora. Y no vuelvas a emborracharte. A la segunda vez que aparezcas por aquí, el señor juez hará comparecer ante él y nadie podrá librarte de una multa o diez días de jaula.

Ross Maloney prefirió callarse. Le imponía la mole de aquel representante de la ley que, además, le hablaba en tono paternal. Cuando se dio cuenta de que no hallaba el billete de diez dólares, gruesas gotas de sudor perlaron en su frente.

—¡Señor! ¡Óigame, por favor!

—¿Qué ocurre?

—Tenía diez dólares… y no los encuentro.

—Los convertiste en bebida, desgraciado. Eres un niño, debería avergonzarte beber a tu edad.

Y encogiéndose de hombros, el policía siguió su ronda. Media hora más tarde, Ross Maloney en la calle vaciló ostensiblemente. Debía ir al tabernucho a reclamar, pero ¿se los devolverían? Seguramente el camarero los habría guardado para evitar que se los quitaran.

El local de «Los alegres muchachos» estaba desierto. Tras el mostrador había solamente un chino qué bebía lentamente una tacita de la que salía un vaho humeante.

—Buenos días. Ayer noche me dejé aquí diez dólares.

—Bien hecho, *malinelo*. Aquí estamos *pala lecogel dólales*…

—Y ahora vengo yo a recogerlos.

El chino sonrió a su manera, las arrugas de su boca se hicieron más

profundas y sus rasgados ojillos se entrecerraron.

—*Agualda* unos instantes.

Minutos después, frente a Ross Maloney apareció el «mezclado» frotándose los ojos, despeinado y con rostro poco amable. No le gustaba que le despertaran a aquellas horas tempranas.

—¿Qué quieres?

—Usted recordará, señor. Ayer noche usted me trajo un «grogg» y no sé lo que ha pasado, pero ya no encuentro mis diez dólares.

—Los gastaste bebiendo, marinero. Ahueca, que tengo que dormir.

—Hay un error, señor. Yo…

—¿Buscas camorra?

Y el «mezclado», a la vez que hablaba describió en el aire dos rápidos ademanes: un puño iba dirigido al estómago y el otro a la mandíbula de Ross Maloney que, como un fardo, cayó de espaldas, pero sin perder el sentido. Era duro al castigo.

Se arrodilló apoyando los puños en el suelo y tratando de recuperar su normal raciocinio. Oyó amortiguadas, como si fueran palabras que atravesasen nubes algodonosas, las recriminaciones del que acababa de golpearle.

—¿Habráse visto cínico? ¿Pues no pretende que…? ¡Borracho! Vete, vete antes de que me enfade.

Ross Maloney retrocedió tambaleándose hasta la puerta. En la calle, adosóse al muro leproso de salitre, para coordinar sus pensamientos, que no querían eslabonarse.

Una china vestida a la europea cruzó frente a él y entró en el café. Instantes después volvió a salir y se detuvo ante Ross Maloney.

—¿Se encuentra indispuesto, marino? —preguntó con perfecto acento inglés y voz cantarina que ceceaba ligeramente.

Ross Maloney deslizó una ojeada, ansiosa hacia la cafetera que la oriental llenaba en la mano y que despedía un grato olor que mareó de nuevo al vapuleado y hambriento grumete. Ella sorprendió la mirada y sonrió bondadosamente.

—Li-Tuang me ha explicado el accidente. Hizo mal, marino, en entrar allí dentro ayer noche. ¿Su barco zarpa pronto?

—No tengo barco. Estoy sin contrata y no tengo un céntimo —desbordóse Maloney. La voz de aquella jovencita le recordaba las dulces voces de sus amiguitas infantiles allá en Kentucky. ¿Qué importaban los ojos almendrados, la tea marfileña y los endrinos cabellos aceitados?

—Está muy pálido, ¿sabe?, marino. Venga a casa; papá no se molestará y me dejará que yo le invite a desayunar.

El estómago de Ross Maloney se retorció angustiado y presto a claudicar, pero el pecoso y larguirucho adolescente enrojeció.

—Gracias, señorita. No puedo aceptar. Vea, yo soy un hombre… y no puedo aceptar.

Ella rió, echando hacia atrás la menuda cabecita.

—Quizás papá pueda ofrecerle trabajo, necesita un ayudante. Venga, el café se enfría.

Ross Maloney siguió como un autómata el breve taconeo de la oriental. Entró en un oscuro tenducho donde brillaban sedas exóticas y abanicos laqueados. Un magro y anciano chino levantóse de un pequeño escabel donde estaba sentado. Acercóse con obsequiosa sonrisa a Ross Maloney.

—¿El señor desea lindos kimonos para la señorita europea? ¿Lindos abanicos?…

—No, papá. El señor no viene a comprar, viene a desayunar con nosotros.

—¿Quién es el señor, Mei-Hsi?

Ella demostró que la mujer en todas las latitudes sabía evitar las preguntas difíciles.

—El café se enfría, papá —lo vertió rápidamente en unas tazas dispuestas sobre una bandeja en el mostrador—. Hace tiempo, papá, que vienes diciéndome que tú y yo solos no imponemos respeto a la marinería que entra en nuestra tienda, a comprar. En cambio, tienes la convicción de que si nos ayudase un blanco los negocios irían mejor.

El mercader acarició su barbilla sin replicar. Tendió una taza a Ross Maloney; bebió en silencio mirando a su hija, que sonriente contemplaba como el pecoso adolescente bebía ávidamente. El calor devolvió un cierto valor al americano. Sonrió a Mei-Hsi.

—Me llamo Ross Maloney, soy americano. Estoy sin trabajo. Mis papeles están en regla. Duermo poco: me bastan cinco horas de sueño. Estoy acostumbrado a no descansar durante diecinueve horas, salvo naturalmente media hora por comida. Puedo ayudarle, señor, y si mi rendimiento le convence me pagará lo que quiera. De momento aceptaría el trabajar por la comida y la cama.

El mercader mostró su desdentada sonrisa; hizo dos rápidas sacudidas con la cabeza de arriba abajo y se marchó.

Por espacio de una semana, bajo la dirección de Mei-Hsi, Maloney fué aprendiendo los secretos del mostrador. Le encantaba su nueva ocupación, no hacía frío en el recoleto interior de la tienda. Mei-Hsi era bonita, simpática y bondadosa.

Al mes, Ross Maloney recibió alborozado la noticia de que percibiría semanalmente cinco coppeis (equivalentes a dos dólares). Empezaba ya a ganar dinero; optimista, planeó un futuro regreso al hogar con un puro habano lanzando volutas aromadas desde el interior de un «Cadillac», su marca favorita, y diciendo a «los viejos» que la mejor casa de Rockville iba a ser la que él, Ross, iba a comprar para ellos.

Tímidamente deslizaba furtivas ojeadas a Mei-Hsi, cuando ella junto a la diminuta ventana de la tienda laboraba en los pañuelos calados que muchos turistas compraban por su preciosa filigrana.

Decidióse Maloney, por fin, una mañana en que el grisáceo día oscurecía

aun más el tenebroso recinto donde se acumulaban los kimonos y los abanicos.

—Mei-Hsi, quiero hablarte de algo muy serio. Eso es; muy serio. Yo… naturalmente, yo ahora soy un dependiente de tu padre… Pero mañana, si tengo suerte, pues… eso, podría… En fin, yo digo ¿quieres ser mi novia?

Apenas hubo formulado su petición, Ross Maloney pidió fervorosamente al cielo que se oscureciera totalmente el día para que no pudiera ver la seria mirada con la que los ojos almendrados de Mei-Hsi le contemplaban.

—¿Por qué no, Ross? Tú también me gustas.

Tres semanas de felicidad; sólo tres semanas.

La mañana en que dos marineros de un buque de guerra surto en el puerto de Shangai entraron en la tienda, Ross Maloney cuando se dispuso a recibirlos y leyó en las cintas de sus gorros la palabra «Kentucky», nunca pudo imaginarse que aquellas sílabas evocadoras iban a representar su próxima caída en un abismo.

—Yo también soy americano, señores —saludó amablemente.

—¿Ah, sí? —dijo distraídamente uno de ellos. Ambos miraban con insistencia a Mei-Hsi, que fingía ignorarlo inclinando la cabecita sobre su labor de calado.

—Tengo bonitos abanicos, señores.

—Calla, mercachifle. No te pregunto por tus abanicos. Dime, ¿quién es esta chinita tan pinturera? Es un cromo.

—Ruego a los señores que tengan la consideración de apreciar que la señorita Mei-Hsi es mi novia.

—¿Tu novia? —la carcajada fué áspera y brutal—. No sólo vendes abanicos en una tienda de la que es dueño un amarillo, sino que… ¿Y tú eres un americano?

Volviéndole las espaldas, los dos marinos se acercaron a Mei-Hsi. Uno de ellos cogió en el aire la delicada mano de la oriental.

—Suelta estos trapitos, mocita. Nos perdemos por Shangai; acompáñanos por ahí.

Ross Maloney, intensamente lívido, puso su mano sobre el hombre del marino.

—Ruego al señor que suelte a…

—¿Sí? Toma, la suelto.

Un violento puñetazo en el rostro hizo retroceder a Ross Maloney. Avanzó tambaleándose para recibir en pleno pecho un segundo impacto. Instantes después, desde el suelo, oyó las carcajadas estentóreas del marino que había presenciado el breve combate.

Quiso incorporarse, pero por más esfuerzos que prodigó quedaba como adherido por las rodillas al suelo. Cerró los ojos y gritó incoherencias. Uno de los marinos, el mismo que le había pegado, besaba ahora a Mei-Hsi, que se debatía inútilmente, presa en un fuerte abrazo.

La intensidad de la humillación de Ross Maloney fué tan aguda que se

desvaneció.

Despertóse bajo la rociada de un chorro de agua. Levantó unos ojos humildes hacia la bondadosa, simpática y bonita Mei-Hsi. Pero se sobresaltó al verla tan profundamente cambiada; los almendrados ojos mirábanle con un desprecio tan hondo que creyó delirar. La boquita que él había comparado a una cereza tenía un rictus de crueldad.

—¿Se te pasó la emoción, Ross Maloney? —silabeó ella venenosamente —. Te conocí cuando acababas de recibir una paliza; he dejado de conocerte después de esta segunda paliza. Tú no eres un hombre; eres un saco cobarde.

Ross Maloney, vacilante, pusóse en pie. Tendió hacia ella sus delgadas manos implorantes.

—No pude hacer nada, Mei-Hsi. Sufrí mucho, ¿sabes?, pero no pude… Te quiero; perdóname.

—Papá no quiere oír hablar más de ti ni volverte a ver; yo tampoco. Vete; toma tu sueldo de esta semana —y tiró al suelo dos dólares—. Me das asco, Ross Maloney; eres tan sólo un blanco odioso y cobarde.

Ross Maloney sintió algo nuevo que brotaba en él. Se desconocía. En su pecho ardía un agudo dolor que no era físico, pues los golpes no los sentía. Era algo que no podía precisar; algo que le causaba un vacío en el estómago y que humedecía sus ojos.

—¿Lloras, Ross Maloney? —rió ella sarcásticamente—. Vete; toma tus dos dólares y que no te vea nunca más. No quisiera repetirte que me das asco.

Ross Maloney se irguió; empujó con el pie los dos dólares, tirándolos a un rincón. Secóse con el dorso de la mano los ojos.

—Escúchame, Mei-Hsi. Te estoy agradecido por dos razones. Me diste limosna cuando yo no tenía trabajo. Te apiadaste de mí, gracias. Ahí he dejado dos dólares; es el principio de mi pago. Quiero liquidar mi deuda contigo. La segunda razón por la que te estoy agradecido es porque me acabas de enseñar una gran verdad. No se puede ser débil; la sensibilidad es cobardía. Olvidé que los músculos desarrollados imponen miedo al miedo. No sé si me comprenderás, quiero decir que hasta hoy he sido un perro apaleado, porque no sé pegar. Sigo teniendo miedo, pero lo ahuyentaré como sea.

Dió unos pasos hacia la puerta; Mei-Hsi seguía sonriendo con desprecio. Y esa mueca humillante quedó retratada en la retina de Maloney.

—Ganaré dinero como sea, Mei-Hsi. Y te traeré los dólares que te debo. Gracias por todo, al fin y al cabo tienes razón. No soy digno… ni siquiera de una amarilla.

Cuando llevaba andados unos cien metros, desesperado y decidido a todo, sintió Ross Maloney ascender en él un leve remordimiento. Había insultado a Mei-Hsi: la había llamado «amarilla».

Pero el nuevo Ross Maloney que nacía a una nueva vida en aquel día infeliz, sonrió amargamente.

—¡Bah! Hay que apartar las sensiblerías, Ross —se dijo en voz alta, sin parar mientras en las extrañadas miradas de los que transitaban a sus costados

—. Lo primero que te hace falta es un saco.

Capítulo II

CANCELAMIENTO DE DEUDAS

Ross Maloney entró sin vacilaciones en el número 76 de la Avenida del Mekong. Un pretencioso letrero dorado anunciaba en la puerta:

«PERRY CARTER
Ex campeón mundial
Gimnasio y boxeo»

Perry Carter había llegado a ser campeón amateur, pero en su camino de profesional sólo había demostrado una particular predisposición a besar con cariño la lona. Pero en Shangai nadie le pediría las credenciales de su pseudocampeonato mundial.

Peso pesado, sus orejas coliflor y su nariz ensanchada abriéndose en abanico sobre una boca áurea hablaban a las claras de su historial de encajador de derrotas. Observó con recelo al recién llegado. ¿Un nuevo cliente? El vestido gris de marinero no indicaba ninguna posición económica desahogada.

—¿Usted es Perry Carter?

—Soy.

—Me llamo Ross Maloney. Marino sin trabajo. Empléeme en lo que sea, dentro de su gimnasio, sólo por la comida y la cama. Trabajaré diecinueve horas al día, me bastan con cinco horas de sueño.

—Original manera de presentarte, muchacho. ¿Eres americano? Se te nota en la decisión. Yo también soy de allí, de Kansas. Pero lo siento, nada puedo ofrecerte.

—Haría lo que fuese: barrer, fregar, lo que sea, con tal de que me deje usar el utensilio de gimnasia y sobre todo pegarle al saco.

Perry Carter miró perplejo al larguirucho y flaco adolescente.

—¿Pegarle al saco, muchacho? ¿Qué tábano te ha picado? No te comprendo.

Escuetamente, con una luz de furor en los ojos, explicó Maloney sus desventuras desde el día en que entró en «Los alegres muchachos» hasta su reciente salida de la tienda del padre de Mei-Hsi.

—Sigo sin comprenderte, muchacho. Lo siento, no puedo ofrecerte ninguna ayuda —y mientras hablaba, Perry Carter palpaba los delgados brazos de Maloney—. Estás esquelético, muchacho. Pensaba ofrecerte el

puesto de «sparring-partner», pero ni para eso sirves.

—¿«Sparring-partner»? Dígame de qué se trata, y yo le juro que serviré.

—¡Oh, no, muchacho! Te desencuadernarían. El «sparring» es el individuo que aguanta las acometidas del cliente que quiere aprender a boxear. Naturalmente hay que encajar muchos golpes y tú no servirías. Era tu ocasión, porque Jim, mi «sparring», está desde hace dos días en el sanatorio de tuberculosos. Lo siento, chico. Tu cara no me disgusta, pero los clientes se reirían de ti, y no, ¡que no!, no me sirves.

—Escuche, *mister* Carter —habló el nuevo Maloney—. ¿Se trata sólo de encajar, no es eso? ¿Sólo saber recibir y aguantar los golpes, no? Le garantizo que sirvo; soy miedoso, pero no me arredran los golpes.

—Palabras, muchacho. Estoy seguro de que si me pongo ante ti y te pego dos guantazos, saldrás de estampía de mi gimnasio.

—Me gustaría verlo, *mister* Carter. Palabras le llamo yo a su amenaza.

—¿Sí? Lo siento por ti, muchacho. Me parecerá cometer un infanticidio, pero tienes comida y cama si me aguantas un solo *round*.

—Entonces tengo comida y cama. Cuando quiera, *mister* Carter.

El ex boxeador sonrió con lástima mientras en el *ring* del gimnasio se calzaba los guantes de ocho onzas. Miró al flaco y testarudo americano, orgulloso en el fondo de que fuera un compatriota suyo.

—El protector de caucho que te he puesto en la boca es para evitar que los dientes se te resquebrajen, muchacho. Las orejeras son para impedir los golpes a la sien. Pero tus narices, tu barbilla, tu estómago y tus flancos han de quedar al aire, amiguito. Un «sparring» decente sólo puede llevar protector bucal y orejeras. Estás aún a tiempo de tomar el portante, muchacho. Pienso pegarte sin compasión ninguna.

—Empiece a demostrarme si puede noquearme, *mister* Carter.

—Eres gracioso, paisano. En fin, tú lo has querido. Coloca tus codos pegados a los costados y levanta los guantes a la altura de la mandíbula. Protégete, imbécil. Das lástima, paisano.

—Cuidado, *mister* Carter. No vuelva a repetirme que doy lástima. Me molesta esa palabra; pegue y cállese.

Perry Carter avanzó un paso, con el puño izquierdo tendido hacia delante y el derecho a la altura de su mandíbula. Fintó, simulando un golpe al flanco. Ingenuamente, Ross, Maloney con sus dos guantes intentó cubrirse el sitio amenazado. Un golpe de mediana potencia le levantó la barbilla.

—No tienes ni la menor idea, muchacho. Cúbrete con los guantes cuando pegue, pero no cuando finte simulando pegar.

—Usted pegue y gaste menos palabras, *mister* Carter. Yo quiero demostrarle que aguanto lo que sea. No he pretendido hacerle creer que soy Jack Dempsey.

Perry Carter empezó a irritarse. ¡Valiente chiquillo provocador! Avanzó el puño izquierdo y rápidamente dobló en «uppercut» el puño derecho. Alcanzado en plena ceja y mentón, Ross Maloney se tambaleó.

—¿Ves, muchacho? Un poco más y…

—¡Cállese! ¡Pegue!

Y a la par que se exclamaba, Ross Maloney, como un molino loco, prodigó una serie de golpes… en el aire. Sin dificultad. Perry Carter los fué esquivando y al fin conectó duramente su diestra en el estómago descubierta del muchacho.

Ross Maloney sonrió fatigosamente; Perry Carter, perplejo, asestó un potente izquierdazo en el costado donde las costillas se dibujaban. Se oyó un leve crujido… pero Ross Maloney siguió sonriendo y agitando los brazos hacia delante como aspas locas.

Ya enfurecido, Perry Carter siguió pegando inexorablemente. Cinco veces cayó arrodillado Maloney; tocó con los guantes en la lona, sonrió con mueca patética… y volvió a levantarse. Al fin, Perry Carter, cansado de pegar, dió un empujón al semiinconsciente Maloney, que flotaba, mandíbulas prietas, nariz sangrante y ojos tumefactos. Pero conservaba, la sonrisa.

Perry Carter quitóse los guantes, resoplando. Pasado el furor que le había recordado sus tiempos difíciles de pugilista siempre derrotado, miró con lástima al obstinado «encajado», pero se abstuvo de manifestarla.

—Tienes coraje, muchacho. Sí supieras boxear…

—¿A qué hora debo empezar mi labor de «sparring»? —preguntó Ross Maloney tartajosamente.

Perry Carter rió divertido. Palpó las cejas hinchadas de Maloney, sus labios tumefactos y la ternilla de su nariz.

—Dentro de tres días podrás empezar. Te lo has sabido ganar. Mientras, puedes quedarte aquí. Guardarás el gimnasio por la noche.

Ross Maloney estrechó con su mano sudorosa la diestra de Carter. Al hacerlo, dibujóse en su rostro una mueca de dolor, crispando el rostro acardenalado.

—¿Qué te ocurre, paisano? —preguntó Carter extrañado.

Sin habla, Maloney señaló su costado, donde en el flaco torso sobresalía entre la costillas una protuberancia.

—¡Muchacho! ¡Me lo supuse, pero como callaste! —exclamó Carter prodigando un doloroso pero eficaz masaje violento sobre la costilla desencajada—. Tienes temple, paisano. Hay muchos que presumen de recios y que hubieran chillado como polluelos, con una costilla arrugada como la tuya.

Friccionó luego con alcohol y con solicitud amistosa recompuso con árnica y linimento las propias señales de sus golpes. Ross Maloney había ganado su primer combate en la lucha por la vida.

Pasaron meses… Maloney iba asimilando todo el saber y artimañas marrulleras del ex boxeador. Los clientes que acudían al gimnasio solicitaban los servicios de aquel desgarbado y flaco muchacho que resistía impávidamente los aluviones de puñetazos. Alguna que otra vez, ante la insistencia del cliente envanecido, Maloney pasaba al ataque, y cesaba en su

acometida a una discreta señal de Carter, cuando el cliente empezaba a estar «groggy».

Y hábilmente, para reparar un posible amor propio ofendido, Ross Maloney a renglón seguido dejábase «cazar» simulando estar «tocado» y el cliente sonreía satisfecho. Y el gimnasio de Perry Carter iba progresando.

Por dos veces, sin una sola palabra de saludo, Ross Maloney había entrado en la tienda de Mei-Hsi. Sobre el mostrador dejó en silencio cinco dólares en cada visita. La primera vez, Mei-Hsi había levantado los hombros despreciativa. La segunda vez no hizo el menor gesto; se limitó a mirar con curiosidad el andar decidido de Ross Maloney y sus espaldas que se ensanchaban.

Habían transcurrido ocho meses, durante los cuales, Ross Maloney pasaba su día pegando al saco con ardor salvaje; levantando pesas; accionando sin cesar las poleas «sandow»; interviniendo cuatro veces al día sobre el *ring* durante una hora. Todo su dinero lo empleaba en sobrealimentarse. Mei-Hsi contempló la tercera visita de Ross Maloney con ojos incrédulos. ¿Dónde estaba el semblante ingenuo del adolescente que había conocido? Veía ahora un rostro endurecido, de rasgos que parecían cortados a hachazos, un cuello recio encajado entre unas voluminosas espaldas, una estrecha cintura y unos brazos que hinchaban la ligera tela de dril.

Con su andar característico, indolente y desgarbado, Ross Maloney, llevándose la mano al ala del sombrero de fieltro, depositó sobre el mostrador diez dólares.

—Liquidados, Mei-Hsi. Y siempre te quedo agradecido.

—Has entregado más dinero del que papá te pagó, Ross. Sobran cuatro dólares.

—Nunca podré pagarte bastante le lección que de ti recibí.

—¡Eres absurdo! No sé qué lección.

—Sí, Mei-Hsi. Me hiciste comprender que el hombre si quiere ser algo debe no sólo defenderse, sino atacar sin escrúpulos, mordiendo si es preciso, pero nunca implorar. Creía en tu cariño y éste se esfumó porque un bruto me apaleó ante tus ojos. No me dolió el acto de un marinero pendenciero; me dolió tu frialdad de alma… Pero aquello pasó, Mei-Hsi, tú fuiste mi última debilidad.

—Sobran cuatro dólares. Yo no acepto limosnas —dijo ella apoyándose irónicamente en el pronombre personal.

—Haces bien. Dame pues un abanico cualquiera. Escógelo para ti.

—No sé si pretendes humillarme.

—¿Humillarte? Muy al contrario, deseo obsequiarte con un pobre abanico. Ese mismo, que cada vez que su aire roce tus labios, pienses que un hombre te maldice porque mataste su alma, y a la vez te bendice porqué hiciste de él uno más de los que pululan por esta ciudad.

Al año y medio Ross Maloney tenía asignado un sueldo de diez dólares

semanales, comida y habitación en el hotel. El gimnasio «Carter Maloney» era ya un gimnasio de lujo con baños turcos y espejos biselados por todas las paredes.

Ross Maloney seguía siendo larguirucho y desgarbado, pero sus brazos presentaban una musculatura maciza, prieta, conglomerado de bíceps, deltoides y tendones que impresionaban por su potencia y rapidez. Vestido, poseía unas espaldas amplias, pero continuaba pareciendo engañosamente un desgarbado y larguirucho adolescente de rostro prematuramente endurecido.

Leía una noche en su alcoba del «The American Palace» un periódico, cuando se levantó en pie de un salto elástico. Perry Carter en la vecina habitación le vió llegar llevando en las manos un periódico estrujado. Miró Perry el ceño fruncido del que se caracterizaba por su flema y serenidad y que ahora temblaba levemente.

—¿Novedad, paisano? Pareces excitado.

—Oye, Perry; las dotaciones de los buques de guerra son permanentes ¿no es así? Hablo de nuestra marina.

—Naturalmente, se enrolan por períodos de cinco años. Pero, ¿por qué te interesa saberlo?

—Recuerda que llegué a tu pocilga pidiendo ansiosamente un saco. He estado pegando durante dos años al pobre saco de arena con un furor cómico; es que veía retratado en él un rostro de hombre que con dos puñetazos deshizo mi fe en el cariño. Y hoy… ha llegado el «Kentucky». Buscaré al hombre que estaba tan orgulloso de sus cien kilos y de sus músculos de matarife.

—Cuidado, paisano. Recuerda que esos marinos son profesionales de la riña. Saben muchos trucos.

—¿Más de los que me has enseñado?

—No; no lo creo. Pero recuerda siempre que la serenidad es el elemento primordial. Boxea al marino como si fuera uno de tus discípulos, que no te ciegue el coraje.

Con mano firme, dejó Maloney un dólar sobre la mesa sonriendo humorísticamente.

—Para ti, Perry el precio de esta lección. Me había olvidado de que el coraje es el soplo que apaga la luz de la fría inteligencia.

Ross Maloney recorrió todos los lugares de diversión de Shangai. Al fin vió premiadas su constancia y su tenacidad; perorando cerca del mostrador de un bar, un coloso rubio con la divisa «Kentucky» en la gorra vió acercarse sin recelo a un muchacho alto y desgarbado.

—Salud marinos. Te ofrezco una copa, rubiales.

El marino aludido, pestañeó, hinchando el tórax.

—¿Es a mi a quien estás hablando, joven imberbe? —silabeó hoscamente.

—Sí, a ti. ¿No me recuerdas, marino? Hace dos años, allá en una tienda de abanicos y sedas, había una chinita muy delicada a la cual besaste y había también un americano cobarde al cual zurraste. Vengo hoy a brindar contigo

por aquella hazaña… antes de partirte el rostro.

Los marineros acodados al mostrador retrocedieron unos pasos, refocilándose de antemano. Sería curioso contemplar el destrozo que Jack Butcher, el campeón del peso pesado de la Armada, haría en aquel larguirucho muchacho provocativo.

Jack Butcher empujó rudamente a Maloney.

—Apártate, imbécil. No me gusta la papilla de huesos infantiles.

—¿No? ¿Y esto te gusta?

El contenido de un vaso cegó a Jack Butcher, que limpiándose rabiosamente con el rostro de la mano, resopló con el rostro encendido en cólera.

—Tú lo has querido, gallito —silabeó y sin previo aviso, traidoramente, asestó un rápido gancho en la mandíbula prominente de Maloney, que le sonreía burlonamente.

Maloney ladeó lentamente la cabeza y el puño, rozándole, le falló por unos centímetros. Con la misma serenidad aplicó un veloz «uno-dos» en largos directos al cuello del marino, que retrocedió bruscamente, tosiendo y aspirando aire ansiosamente.

Jack Butcher adquirió prudencia. El golpe que acababa de recibir era un golpe de técnico… y los puños de su antagonista pesaban. Fintó con los dos brazos intentando el cuerpo a cuerpo, donde su corpulencia tenía que reportarle ventaja.

Ross Maloney le dejó entrar en «clinch» y cuando su mandíbula se hubo apoyado sobre el hombro del marino y sus codos hubieron separado los brazos enemigos, empezó a maniobrar como un émbolo. Sus puños batieron veloz y sañudamente el estómago y los flancos del campeón de la Armada, martilleándolos con sereno salvajismo.

Doblado hacia delante, Butcher lanzó un vigoroso mazazo a la sien del imberbe atleta. Maloney se tambaleó y aunque Butcher se hallaba al borde del «k.o.», avanzó animado por los rugidos de sus compañeros.

Sonrió ferozmente el marino; con deliberada lentitud levantó en el aire los dos puños sobre el arrodillado Maloney… Cuando los abatió, horadó el aire; burlándole y con mueca de alegre desquite, Ross Maloney con un esguince de cintura conectó un izquierdazo en el plexo solar del marino. El golpe resonó huecamente, con sonoridad escalofriante; Butcher doblóse hacia adelante, ojos vidriados. Antes de que cayera, Maloney lo levantó en vilo con un estremecedor derechazo en plena mandíbula

El campeón del peso pesado de la Armada alzóse hacia arriba como un pelele roto y vacío y abriendo los brazos desplómose pesadamente en el suelo. De su boca destilaba la sangre y su profunda inconsciencia denotaba que el «k.o.» lindaba con la conmoción cerebral.

Dos marinos se abalanzaron hacia Ross Maloney, que al principio se limitó a esquivar sonriente sus ataques. Al fin, empleó la táctica número uno que le había enseñado Perry Carter. Dió un salto lateral y en acrobático brinco

en tijera lanzó un puntapié al estómago de uno de los marinos, mientras la otra puntera de su zapato restallaba secamente contra la mandíbula del segundo. Al caer los dos marineros al suelo, Ross Maloney cayó ágilmente sobre sus pies.

—Queda aún espacio para los valientes que lo deseen —retó irónicamente—. Que no se diga que la Armada de mi tierra retrocede ante un hombre solo. ¿A quién el turno, valientes?

Con gritos roncos avanzaron varios marineros en tromba. Se detuvieron en seco. Una voz lenta, tranquila y cortés anunciaba

—Disparo con mucha facilidad, caballeros. Retrocedan y abandonen el local. ¡Cuidado, señor! ¡No sea imprudente!

La voz seguía siendo cortés, pero el disparo que derribó la gorra de un marinero hizo que todos emprendieran veloz carrera hacia la puerta de salida, atropellándose.

Ross Maloney volvióse para mirar al hombre que había disparado tan certeramente, erigiéndose en su espontáneo salvador. Vió a un rechoncho y pequeño individuo de rasgos mongólicos y bigote negro lacio, que saludando cortésmente con el bigote, le decía:

—Encantado de haberle podido ser útil, caballero. Me ha deleitado su manera de pelear. ¿Podríamos conversar unos instantes en un sitio seguro? Soy Yuang Kang, servidor de usted.

Capítulo III

LOS PIRATAS DEL SIGLO XX

Yuan Kang… El nombre temido que dejaba su estela de dominio en los glaucos cauces del Yang-Tsé-Kiang y sus infinitos afluentes…

Yuan Kang… El jefe de una flotilla de barcos planos, maniobreros, que surcaban veloces e inesperadamente las aguas del mayor río asiático…

Yuan Kang… Dos sílabas que evocaban abordajes, combates, contrabando, pillajes, luchas sin cuartel…

Y Ross Maloney en su juvenil imaginación había plasmado la figura del legendario y célebre pirata moderno censo la de un alto y hercúleo varón, de rostro aguileño y ademanes bruscos, dominantes…

Yuan Kang, el verdadero, el hombre real, se inclinaba ahora en breve saludo de busto.

—Aconsejo que nos retiremos, caballero. Sus amigos de la Armada americana no tardarán en volver con refuerzos de la policía británica. Y a ser posible hay que evitar las luchas inútiles o improductivas.

Con un hormigueo de entusiasmo en el cuerpo, siguió Ross Maloney los pasos ágiles del rechoncho mongólico del traje de blanco dril. Cruzaron la

cocina del bar; por una estrecha callejuela desierta llegaron a un diminuto portalón, que Yuan Kang empujó penetrando ambos en una reducida, habitación amueblada con verdadero lujo oriental.

—Aquí podremos hablar tranquilamente, joven caballero —dijo Yuan Kang, sentándose cómodamente ante él—. Quizás mi nombre haya llegado a sus oídos. La opinión popular, siempre propensa a agrandar los sucesos, habrá deformado inevitablemente las realidades. Soy simplemente un comerciante.

Los ojos rasgados del oriental tuvieron un destello de humorismo.

—Sí, un comerciante. Trafico en géneros asiáticos que son muy apreciados por los blancos. Antiguamente el opio era únicamente un agradable donador de olvido para mis hermanos que en las volutas del nirvana hallaban una grata acogida a sus divagaciones. Pero llegó la civilización —aumentó el destello burlón de la faz mongólica— y los blancos tuvieron a bien enseñarnos que el opio era un vicio detestable, impropio de seres cultos. Y, seguramente por un filántropo deseo de evitarnos este vicio, empezaron a adquirir cuanto opio hallaban, para llevarlo a Europa y a los otros continentes blancos… seguramente para quemarlo allí en las plazas públicas. El hecho real es que el opio vale caro. Hay también sedas, marfiles, lacas y también armas que algunas veces algún general me pide. En fin, ya sabe usted cuál es mi profesión.

Yuan Kang ofreció abierta una pitillera de oro incrustada de rubíes. Ross Maloney denegó la oferta.

—¿No fuma, joven caballero? Es preferible, en mis barcos prohíbo que se fume. Pasemos ahora al motivo por el cual usted me honra con su presencia. Le he visto pelear casualmente; admiro a los hombres que con puños desnudos saber luchar hermanando la fuerza, la astucia y la inteligencia razonadora. Fué maravillosa su trampa, digna de un hermano de mi raza. Me refiero a cuando simuló usted estar en condiciones de inferioridad para atraer confiadamente al coloso rubio.

—Mi profesor de boxeo me dice que la cólera es el soplo que apaga la luz de la inteligencia. Y me ha educado en la escuela de la serenidad, de la calma reflexiva.

—Escuela oriental, joven caballero. ¿Consideraría indiscreción si le preguntase cuál es su fortuna o sus honorarios?

—Diez dólares semanales.

—Ya. ¿Tiene usted familia, novia, relaciones de amistad?

—Soy enteramente dueño de mí mismo. No tengo a nadie.

—Mi barco «Furia» —se lo traduzco del chino—, tenía como capitán a mis órdenes a un muchacho robusto, audaz, demasiado audaz. Murió anteayer con los pulmones atravesados por unas balas indiscretas. Y todos mis barcos los mandan capitanes blancos. Son excelentes para gobernar chinos… inferiores.

Ross Maloney temblaba íntimamente. A través de los rodeos del oriental veía dibujarse una posibilidad; la posibilidad soñada. Vida de aventaras, aire

libre, luchas, dinero…

—Mis capitanes, joven caballero, perciben mensualmente una cantidad que oscila entre un mínimo de trescientos y quinientos dólares. La oscilación depende del mayor o menor éxito de nuestro comercio de transporte. Hoy cargamentos que deben ser presurosamente echados a pique. También según el acierto de los capitanes que elijo, aumenta la cantidad que ellos perciben. ¿Le place enrolarse bajo mi directo control en estas condiciones?

Apreció Maloney el eufemismo elegante con el que Yuan Kang evitaba hablar de «mi mando» empleando la palabra «control».

—Trescientos dólares, Yuan Kang, es una cantidad, respetable. Y yo, he sido marinero. Me gusta navegar.

—Bien, joven amigo. Antes de continuar documentándole debo advertirle de una cláusula que en nuestro contrato verbal es la que más fuerza tiene. Alguna que otra vez hombres de mis tripulaciones experimentan un deseo alcohólico de hablar sobre mí o mis barcos. Desgraciadamente pese haber estudiado en Oxford, soy un inculto y salvaje amarillo… y me veo obligado a cerrar para siempre las bocas imprudentes. De los blancos aprendí, además, de su idioma y literatura, una frase que le recomiendo: «La discreción es la cualidad del hombre fuerte». Usted es muy fuerte, mi joven amigo.

Ross Maloney rió jovialmente. Su risa de hombre sano, pletórico de ardor, gustó a Yuan Kang.

—Ustedes, Yuan Kang, tienen tres idolillos representados por tres monos. Uno se tapa los ojos, el otro se cubre los oídos y el último con sus dos manos se cierra su boca. Yo, Ross Maloney, soy el tercer mono.

—Gracias, *mister* Maloney. Creo que en un futuro muy próximo nos congratularemos del feliz azar que dispuso que mi humilde presencia me permitiera ver a un excelente luchador retar, puños desnudos, a la Armada norteamericana.

***

El «Furia», velas dobladas, anclado en uno de los múltiples vericuetos de un afluente del caudaloso Yang-Tsé-Kiang, parecía ser una gran balsa deshabitada.

El rápido «rickshaw» doble, que conducido por dos hombres que eran relevados silenciosamente cada diez kilómetros transportaban a Yuan Kang y a su nuevo lugarteniente, Ross Maloney llegó junto a las aguas sucias que lamían blandamente el ancho casco del «Furia».

Un absoluto silencio invadía los contornos de la selva asiática, y en el mismo silencio el cochecillo que desde Shangai había recorrido doscientos kilómetros, se vió rodeado por mudos y diminutos seres que parecieron surgir del suelo. Llevaban cortos yataganes de hoja ancha y curvada.

—Felizmente me acompaña, capitán Maloney. Estos hombres serán a partir de ahora sus fuerzas.

El tono hasta entonces suave, de impecable inglés, con el que hablaba Yuan Kang, convirtióse en un seco y estridente borbotar de órdenes secas con los guturales gorjeos de la lengua china.

Los desnudos torsos de los amarillos se inmovilizaron, durante unos segundos parecieron rocas inanimadas. Los rostros inexpresivos, a una nueva parrafada de Yuan Kang fijaron sus pupilas en Ross Maloney. Instantes después por una pasarela rápidamente tendida, Ross Maloney tras Yuan Kang, ponía por vez primera el pie en el «Furia».

Al pasar junto a las escotillas, observó Maloney las calas repletas de chinos. Algunos dormían; otros, sentados en sus camastros, tenían atravesados sobres las rodillas sus yataganes.

En un amplio camarote amueblado a la europea, y que sobresalía a medias de la cubierta de proa, Yuan Kang entró precediendo a Maloney.

—Esta era la habitación y el puesto de mando de Terry O'Neil, el irlandés que murió anteayer. En aquel armario están sus ropas; por eso le aconsejé que viniera a bordo directamente conmigo. No era necesario que fuese a recoger su equipaje.

Ross Maloney contemplaba desde hacía unos instantes dos revólveres de ordenanza militar que colgaban de un cinto canana pendiente de un clavo en el tabique del camarote. Debajo, una ametralladora «Maxim» colocada sobre su horquilla tenía junto a ella un cajón repleto de cintas de balas. Eran las primeras armas de fuego que Maloney veía a bordo.

—Las insignias de su mando, capitán Maloney —comentó suavemente Yuan Kan—. Nadie más a bordo dispone de pólvora. Nosotros, los chinos, somos muy belicosos e imprudentes. Un amarillo con un revólver en la mano podría insolentarse con el blanco. Si usted sabe mandar, capitán Maloney, nunca tendrá que recurrir al lenguaje explosivo del escupe-fuegos para imponerse a sus hombres.

—Por mí sobran estos armatostes, Yuan Kang.

—Gracias, capitán Maloney. Pero los comerciantes tenemos buenos enemigos entre nuestros propios colegas. Hay otros comerciantes que desdeñan ir al encuentro de las mercancías, prefieren aguardar los barcos del trabajador Yuan Kang para intentar apoderarse de sugénero. Si las armas blancas no bastan, entonces es cuando verá usted la gran utilidad de estos armatostes.



En la puerta del camarote apareció un chino del Norte.

Yuan Kang dió un seca palmada. En la puerta del camarote apareció un chino del Norte, fácilmente reconocible por su alta estatura y su broncínea musculatura.

—Le presento al piloto Tcheng. Conoce todos los meandros del río, como usted conoce todos vericuetos de su propio bolsillo. Me sirve desde que empecé mi profesión de mercader. Chapurrea inglés, él le transmitirá mis deseos. Es el único hombre a bordo en el cual puede confiar, Capitán. Los demás, si algún día tuviera usted la desgracia de ir a rendir cuentas al Todopoderoso, celebrarían el hecho embriagándose y cantando alegremente. Confíe sólo en Tcheng. Bien, capitán Maloney, debo irme. Mañana al

amanecer podrá usted dormir. Nuestro trabajo es nocturno. Buenas noches, capitán Maloney.

Respondió Maloney a la breve inclinación del busto de Yuan Kang. Y quedóse solo con Tcheng, que impasible, con los brazos cruzados miraba a un lejano punto indefinido veinte centímetros más arriba del cabello rubio-rojizo de su nuevo jefe.

—He venido a sustituir a *mister* Terry O'Neil, Tcheng. Espero y deseo que tú y yo seremos amigos.

Tcheng, mudamente, hizo una lenta cabezada.

—Dime, Tcheng; ¿cómo solía vivir el capitán O'Neil? ¿Cuáles eran sus costumbres?

—Capitán O'Neil bebía día, noche paseaba cubierta. Día dos hombres guardar su puerta por evitar otros hombres tripulación entrar en camarote.

—Yo no bebo, Tcheng; no me gusta el ardor del alcohol en la garganta. Por la noche me pasearé por cubierta si es preciso, y en cuanto a poner dos centinelas ante mi puerta, ni pensarlo. Tú eres un chino del Norte, tienes más inteligencia que los otros «macacos» que infestan las calas. Comprende lo que quiero hacerte entender y que quiero que ellos más tarde entiendan; si yo pusiera dos hombres de centinela, parecería tenerles miedo a ellos, y yo no les puedo tener miedo desde el momento en que soy el que manda a bordo.

—Admiro pensamiento capitán Maloney, pero macacos calas odiar mando blanco. Cinco capitanes he conocido en «Furia»; tres murieron aquí en camarote muertos por macacos cala. Los otros dos a cubierta peleando honrosamente.

—Un magnífico panorama por trescientos dólares —sonrió humorísticamente Maloney—. Ven, Tcheng; vas a despertarlos a todos. Que se pongan en pie cuando yo entre. Les hablaré.

Iba ya a salir Maloney cuando respetuosamente Tcheng le tocó en el brazo señalando el cinto-pistolera.

—No, Tcheng; para los macacos me bastan mis brazos. Nunca he matado moscas a tiros.

La mirada de Tcheng empezó a demostrar un sincero respeto. Mientras se dirigían a la cala, Ross Maloney luchaba consigo mismo para dominar el pánico que sentía ascender en él, comprendía que entrar en la cala superpoblada de piratas, sin armas, era una temeraria imprudencia. Pero quería ganar trescientos dólares durante el mayor número de meses posible; y en aquel momento se decidía su autoridad.

Un olor fétido de cuerpos amontonados y sudorosos se mezclaban con la pestilencia de residuos humanos. Tcheng batió palmas desde el umbral. Habló unos instantes; algunos tripulantes, desperezándose, se pusieron en pie. Otros, la mayoría, siguieron sentados. Todos miraban irónicamente al imberbe individuo de traje blanco de dril y cabellos rojizos.

—Vete traduciendo lo que yo diga, Tcheng. Escuchadme todos —y Maloney fué haciendo pausas para permitir que Tcheng reprodujera sus

palabras—. Soy el capitán Maloney; desde este momento el único que manda a bordo soy yo por mediación de Tcheng, que os dará mis órdenes. Cuando trato con personas, soy una persona; cuando trato con animales, nadie me gana a animal. Elegid entre la persona o el animal. Creo que es un lenguaje claro.

Ross Maloney hablaba en tono alto, seco. Interiormente empezaba a comprender que Yuan Kang era un buen comerciante que no pagaba trescientos dólares para capitanear un yate de placer. Veía los rostros patibularios de los que le escuchaban plegados en mil arrugas irónicas. La ironía china era la más irritante de las ironías; se traduce en un parpadeo continuo, una sinuosa sonrisa y un indolente abandono de todo El cuerpo,

—En los barcos que he mandado —mintió sonoramente Maloney—, todos los hombres se ponían en píe al yo aparecer. Aquí será lo mismo. ¿Me habéis oído? ¡Todos en pie!

Ross Maloney, con los puños en las caderas, empezó a andar por el estrecho pasadizo que dejaban entre si los hediondos camastros de madera, constituidos por tableros. En cada camastro dormían tres hombres. En los dos primeros camastros, los hombres, tras una ligera vacilación, obedecieron, poniéndose en pie.

Un ancho y macizo chino del Yu-Nan, de facies aplastada, quedóse indolentemente echado. Tcheng, con el yatagán sólidamente enhiesto, vigilaba las espaldas de Maloney tan temerariamente ofrecidas.

—Dile a este gordo que si aprecia sus dientes que se levante —silabeó Maloney.

Tcheng tradujo rápidamente con acompañamiento de gestos amenazadores. El chino del Yu-Nan siguió masticando sus semillas de girasol como un estólido rumiaste insensible, mirando con insolencia al nuevo capitán.

Ross Maloney propinó un puntapié al camastro; las tablas cayeron y entre ellas el chino. Un sordo rumor elevóse en la celda. El chino rebelde levantóse con mueca amenazadora.

—Dile, Tcheng, que voy a pegarle. Que se disponga a defenderse.

—Pega, capitán, no avises. Ling ser malo.

—Yo soy quien manda, Tcheng, no lo olvides. Dile que se prepare a defenderse con lo que quiera, porque voy a convertirlo en una masa pulposa.

El mensaje, al ser traducido, despertó risas en la tripulación. ¿Pegar a Ling aquel blanco larguirucho y flaco? Las risas aumentaron, y fué Ling el primero en reír. Avanzó contoneándose, muy orgulloso de su robusto cuerpo de luchador. Con una oblicua sonrisa de sus ojos miró al resto de la tripulación, antes de disponerse a saciar su odio racial en aquel delgado blanco.

El voluminoso brazo de Ling avanzó en rápido zarpazo destinado a coger el cuello de Maloney. Sonrió Ling cuando vió el salto de lado que dió el blanco; envalentonado, con las dos manos tendidas dió dos pasos y se detuvo

estupefacto cuando recibió en la frente un seco directo.

Y Ling y toda la tripulación creyeron que aquel blanco insolente tenía algún poder mágico cuando sólo empleaba los dos puños desde lejos y no intentaba asirse como lo hacían los buenos luchadores.

Se limitaba a lanzar ridículamente los puños hacia delante, con movimientos ágiles de cintura, zafándose de las inútiles y repetidas tentativas de Ling para apresarle.

Y el rostro de Ling empezaba a hincharse, sangraba… Ling, el luchador invencible, iba retrocediendo tambaleándose, y por su pecho se extendía la sangre que manaba de su rostro… Ling vacilaba, flotaba semiinconsciente, y al fin caía al suelo, resoplando…

Un clamor de odio y furor se levantó. Dos chinos saltaron hacia Maloney, que los recibió con su «puntapié francés». La mandíbula de uno de los atacantes se partió; el segundo doblado hacia delante, llevóse las manos al estómago, chillando de dolor antes de desplomarse.

Un tercero avanzó, yatagán en alto. El puñetazo que recibió, sin verlo venir, en plena sien le hizo hincar el yatagán en el suelo de madera, con los ojos vidriado, sin sentido.

Dos otros chinos chocaron violentamente con sus espaldas contra el madero. Ross Maloney giraba ágilmente en todas direcciones; abandonó su guardia larga y abatió el puño izquierdo proyectado hacia delante, tumbando al último rebelde. Todos los restantes contemplaban a los siete tripulantes que en el suelo parecían dormir; los contemplaban, pero se habían puesto apresuradamente en pie.

Con su pañuelo Ross Maloney secóse la frente; escupió en el suelo, sobre Ling. Le dolían los nudillos, había pegado con todas sus fuerzas.

—Traduce, Tcheng. Yo soy el capitán Maloney, que no se os olvide nunca. Hoy me he limitado a distribuir unos cuantos avisos sin importancia. A partir de ahora al hombre que no me obedezca lo rellenaré de plomo explosivo.

Fué observando todos los rostros; las miradas huidizas evitaban el encuentro con sus ojos. Reparó en un chino de lacios cabellos blancos que se había puesto en pie apenas él había entrado. Acercóse a él, que seguía en pie apoyado en su yatagán, mirando lejos de sí, vagamente, sin expresión.

—¿Cómo te llamas, abuelo?

—Dice no ser tu antepasado y llamarse Tian.

Rebuscó Maloney en sus bolsillos. Extrajo un dólar reluciente; conocía la atracción que emanaba de una moneda de plata. El chino de casta inferior despreciaba los billetes de Banco.

—Para ti ese dólar, Tian. Tú eres una persona sensata y supiste adivinar que yo era el capitán Maloney. Te pusiste en pie apenas entré. Quedas relevado de todo trabajo de limpieza.

—Dice que da gracias al capitán, pero que no sabe qué ser trabajo de limpieza.

—Ya me doy cuenta que aquí nadie sabe lo que es limpieza. Todos estos hombres, menos el abuelo Tian, van a coger cubos y, llenándolos de agua, baldearán esta pocilga. Hasta que yo no pueda besar el suelo no acabarán el trabajo.

En el fondo de la cala una voz se elevó hablando precipitadamente.

—Dice Fen-Ho que él no es una mujer. Que él no limpia.

—¿No? Que venga a decírmelo a mí aquí delante.

Pasaron unos instantes y nadie se acercó.

—Dile a Fen-Ho que a bordo no admito cobardes. Que es una mujer, puesto que no ha salido a defender sus palabras.

El viejo Tian rió a su manera; todo su rostro se arrugó en innumerables plieguecillos y sus espaldas fueron sacudidas por un temblor epiléptico. Su risa fué contagiosa pera todos los demás. Se intercambiaron palabras.

—Dicen que tienes razón, capitán. Que Fen-Ho ser mujer y cobarde porque no salir a ponerse delante tuyo.

—Bien. Dirige tú los trabajos, Tcheng. Dentro de una hora volveré, y si no puedo besar el suelo tú me dirás los nombres de los cinco que han trabajado menos. Tendrán que pelear conmigo, y aunque empleen sus abrelatas los haré servir de estropajos para fregar el suelo.

Y Ross Maloney, rebosando de orgullo íntimo, abandonó con pasos indolentes la cala fétida donde acababa de ganar el segundo combate de su vida.

En el camarote que últimamente había ocupado Terry O'Neil, el armario rebosaba de trajes. Driles grises, cruzados azueles, guerreras blancas, gorras de capitán mercante con presuntuosos dorados. Terry O'Neil debía gustar de vestir bien. ¿Qué secretos habría en la vida de un hombre que había muerto mandando un velero-sampán de piratas chinos?

Ante el espejo se examinó con placer el sustituto de O'Neil. La ropa le iba como a medida; había elegido una guerrera blanca, un pantalón azul, unas sandalias de tenis blancas con suela de «creppe», y con juvenil alegría había ladeado en su cabeza, echándola hacia atrás sobre la nuca, la gorra blanca de negra visera cuyos laureles dorados le revestían del grado de capitán mercante.

El pantalón le venía ancho de cintura. Lo aseguró con el cinto-pistolera; examinó los dos revólveres «Colt», de tambor. Eran los «siete balas» de ordenanza en la marina americana. Cerró la funda, pero no les gustaban así. Con un cuchillo cortó la parte superior de las fundas, ahora asomaban las culatas. Corrió las fundas hasta que ambos revólveres se apoyaron en sus caderas, y con la guerrera desabrochada, el capitán Maloney, pecho desnudo, salió el puente a respirar ampliamente el escaso aire que aliviaba el bochorno de la noche selvática.

Sombras flanqueadas por dos cubos rezumantes de agua subían y descendían por la pasarela. En la cala se oían los susurros del agua deslizándose. La actividad reinaba; apoyadas las manos en sus caderas, Ross

Maloney sentíase feliz. Era un hombre que a los veinte años mandaba sobre un centenar de maleantes y que percibiría trescientos dólares al mes.

Una hora después bajaba a la cala. Todos los hombres soltaron sus cubos y se inmovilizaron en rígida postura. Sólo estaban tendidos en sus camastros siete hombres, que trataron de incorporarse; eran los siete que habían menospreciado la esbeltez de Ross Maloney, ignorantes de la contundencia de sus puños.

Acercóse Maloney despacio al yacente Ling, cuyo rostro hinchado dibujó una mueca de temor.

—Dile a este macaco que lo que hoy ha recibido ha sido solamente un anticipo. Que si persiste en seguir siendo tonto, la próxima vez sus huesos quebrantados irán a hundirse en el fango del fondo del río.

Ling asintió apresuradamente a las palabras de Tcheng.

—Y como no soy ningún chacal, a estos siete hombres que le den licor de arroz. A todos los otros, menos a Fen-Ho, doble ración —y Maloney, con las manos apoyadas en las caderas, contempló el suelo de maderos, que brillaba. El olor se había atenuado; podía respirarse—. Que salga el valiente Fen-Ho, él besará el suelo por mí.

El viejo Tian volvió a arrugar el rostro y a sacudir los hombros. Un coro de risas acogió la figura de Fen-Ho, que, arrodillado, colocaba sus labios contra la húmeda madera.

—¿Quién es el despensero? —preguntó Maloney.

—¿Qué ser lo que dices, capitán? —inquirió Tcheng, perplejo.

—El cambusero. Digo que quién es el macaco que reparte la comida y la bebida.

—Yo ser ese macaco, capitán. Guardo también las llaves de la alacena.

—Seguirás guardando las llaves, Tcheng. Pero tú no eres un macaco como esos. Tú eres mi segundo. De ahora en adelante, Fen-Ho, la mujercita valiente, será el despensero; el que partirá la comida y la bebida. Traduce.

Hinchando el pecho orgullosamente, Tcheng tradujo a su manera:

—Dice capitán Maloney, el gran capitán Maloney, que yo ser su segundo. Y que Fen-Ho, la mujercita que amenazó y no peleó, ser de ahora en adelante el repartidor comida y bebida. Yo guardar llaves, porque ser yo hombre confianza. Y dice también que admira a Ling y los otros seis que salieron a pelear con él. Que con hombres valientes él les hará ganar mucho dinero. Todo eso ha dicho.

Los yataganes se elevaron en el aire. Alarmado, Maloney apoyó fuertemente sus manos sobre las culatas. Pero sonrió tranquilizado. Los cien hombres, menos Fen-Ho, lanzaban gritos regocijados, riendo con él al abandono oriental, que al reír, parece convertir en rostros de niños los rostros más patibularios.

—Dicen, capitán Maloney, que tú ser hombre blanco que vale. Que no ser orgulloso y ser fuerte como buey.

—Más vale así. Pero me parece, Tcheng, que hablaste mucho. Dijiste más

palabras de las que yo hablé, ¿no?

—Ser listo, capitán Maloney. Hablé más porque… perdona, capitán Maloney, yo no ser listo ni fuerte como tú, pero saber astucia de mi raza.

—Admito tu astucia, ya que se ha traducido en vítores. Que siempre reine entre nosotros dos, Tcheng, la buena armonía que deseo.

Tcheng, el orgulloso chino del norte, se inclinó profundamente cuando Ross Maloney pasó delante de él.

Tian, el viejo pirata, empezó a contar la leyenda del «dios blanco». Todos le escuchaban ávidamente, porque el «dios blanco» que Tian describía era el vivo retrato de un imberbe blanco, alto y esbelto, de cabello rubio-rojizo.

Capítulo IV

TRESCIENTOS DÓLARES AL MES…

Tras la popa del «Furia» un surco blanquecino dividía las grises aguas del Yang-Tsé-Kiang. Sobre la cubierta los resplandores lunares aureolaban las informes masas de fardos; para un espectador de la ribera, el *sampan* que, velas desplegadas, se dirigía al interior era uno más de los veleros fluviales que se dedicaban al transporte de mercancías.

Los cien hombres del capitán Maloney estaban ocultos en la cala; dedicábanse a un pasatiempo que habría revelado al espectador ribereño, si hubiese podido verlos, su verdadera profesión. Untaban sus desnudos cuerpos, sólo cubiertos de la cintura hasta los muslos, con aceites que no tenían nada de aromáticos.

Era el aceite llamado poéticamente en el florido lenguaje chino «lluvia de almendros». Su utilidad era doble: permitía hacer más resbaladizos los cuerpos y a la vez tenía virtudes curativas. Tian, el viejo pirata experimentado, aseguraba que «lluvia de almendros» restañaba la sangre, cerrando los bordes de las posibles heridas.

Otros tripulantes, ya untados, brillantes sus miembros, frotaban cuidadosamente los aceros de sus yataganes. Fen-Ho, con semblante hosco, iba distribuyendo la ración extraordinaria de «kwara», el fermentado licor de arroz que había de poner calidez en las venas de los posibles combatientes.

En cubierta, en el caserón de proa cercano al camarote de Maloney, Tcheng, brazos cruzados, miraba frente a sí en todo el ancho cauce del río. Asido como un mono al redondo timón, Ling, el luchador, maniobraba según le ordenaba Tcheng, el piloto.

Después de tres días de inmovilidad en el escondrijo de la ribera, el «Furia» había levantado velas aquella noche. El mensaje de Yuan Kang había sido lacónico

«Yuan Kang a capitán Maloney. Quemar después de leer. Recogerá el «Furia» cargamento que izarán a bordo en 36º 15' y 126º 47'. Han sido avistados cercanías tres *sampans* de Kwei.»

El mensaje, escrito al pincel sobre una tela gris arrollada alrededor de un cilindro de madera, había sido entregado por Tcheng a Maloney. Éste, tendido en la litera de su camarote, rompió el lacre que cerraba la tela.

—¿Quién es Kwei?

—Diablo ladón. Envidia a jefe Yuan Kang porque jefe Yuan Kang sabe comprar. Y Kwei sólo quiere robar lo que nuestro jefe comprar.

Con reservas mentales sobre el método empleado por Yuan Kang para asegurarse sus compras. Maloney había presenciado la singular manera de navegar que las órdenes de Tcheng imprimía al «Furia».

El río tenía en aquel paraje un ancho aproximado de tres kilómetros, y, sin embargo, el «Furia» iba avanzando pegado a la ribera.

—Más al centro se maniobraría mejor, Tcheng.

—No posible, capitán Maloney. Hay barcos-motor de patrulla británica que son encargados vigilar. Y hombres deben esconderse en tierra si barco patrulla acercarse. Jefe Yuan Kang no querer lucha con patrulla británica.

—De acuerdo. ¿Y cómo pasan a tierra los macacos sin ser vistos?

—Patrulla ingleses ser poco astuciosos. Emplean agudo silbido que fuma.

—Ya. Una sirena. Sí; realmente no son astuciosos.

—Dar tiempo a que «Furia» vire proa y presente babor o estribor según lado venga patrulla, y así ocultos, por casco, macacos nadar hasta cerca tierra y esconderse. A bordo sólo quedar tú, yo y cinco macacos marineros viejos.

Tcheng manejaba el sextante con pericia de piloto profesional. Negligentemente fue observando Maloney sus manejos, había decidido estudiar a fondo el arte de navegar, así como el difícil dialecto chino.

—La carga de a bordo está compuesta por fardos de yute y algodón. Si la patrulla británica me preguntase a qué destino desembarco estos fardos, ¿qué debo decir, Tcheng?

—Los fardos ser siempre los mismos, capitán Maloney. Y siempre decir ser mismo destino: almacenes «England». Halaga patrulla.

En lontananza dibujóse rozando la ribera opuesta un velero de parecido tonelaje al «Furia», que iba aproximándose lentamente,

—¿Kwei? —preguntó Maloney.

—Oh, no, capitán —y el rostro de Tcheng se arrugó en muda risa—. Kwei bandido, pero no bandido tonto. El no atacar nunca antes, si ataca es después, cuando ya cargados.

—Comprendido. Entonces me avisarás cuando lleguemos al lugar donde hay que cargar el género. ¿En qué consiste?

—Yo no saberlo, capitán Maloney. Ahora que si quieres saber podremos abrir cajas.

—No, Tcheng. No me interesa lo más mínimo —y recordó Maloney su cita de los tres monos.

Admiró Maloney la rapidez con la que, ágiles y silenciosos, una hilera de hombres subía y descendía por la pasarela tendida hasta la ribera fangosa portando pesadas cajas que de vez en cuando producían un sordo tintineo metálico.

A la media hora cesó toda actividad. Desplegó de nuevo sus velas el «Furia» y, pegado a la ribera, fué remontando el curso del río. Tian, el viejo pirata, fué repartiendo metódicamente largas hachas de filos agudos a todo lo largo de la balaustrada de cubierta, apoyando los mangos contra la borda. Maloney se abstuvo de preguntar a qué fin se destinaban las hachas, la práctica, llegado el momento, le ilustraría mejor que la teoría.

Navegaron lentamente durante un par de horas. Maloney empezaba a encontrar muy crecido el sueldo de trescientos dólares para ser simplemente un conductor de gabarra.

La luna dió de lleno sobre el velamen de un gran velero que a gran velocidad avanzaba frente al «Furia»; Tcheng, ilógicamente al parecer, miró a popa. Señaló a Maloney otro velero que a lo ancho del río estaba inmóvil.

—Nos siguió y ahora corta retirada, capitán Maloney. Creo que Kwei estar interesado en este cargamento. Emplea dos barcos. Tome, capitán Maloney: silbato de órdenes, Tres pitidos cortos, hombres hacha. Cinco cortos, hombres cubierta.

Pasóse Maloney alrededor del cuello la cadena que acababa de entregarle Tcheng y de cuyo extremo pendía un silbato.

—Ordena a tus cinco marineros que desplieguen las velas altas. Prefiero que mi barco pase a lo largo del que viene enfrente.

—Como quieras, capitán Maloney.

Obedeciendo a roncas exclamaciones de Tcheng, cinco hombres se encaramaron por los dos palos cortos y en lo alto llamearon las velas de cofia. El débil viento las hinchó y el «Furia» cobró un aumento de velocidad.

El *sampan* que corría al encuentro del «Furia» viró hacia el centro del río, en su cubierta pululaban torsos desnudos blandiendo aceros relucientes.

—Tener ellos más vela, capitán Maloney. No dejar pasar, abordarán.

La respuesta de Maloney fueron tres cortos silbidos. Instantáneamente desde las calas saltaron a cubierta una veintena de hombres que, desparramándose, fueron a empuñar las hachas que había distribuido el viejo Tian.

—Podrías emplear escupe-fuegos, capitán Maloney. Pero si ellos no usan, no uses. Escupe-fuegos corta velas y difícil regreso.

El velero enemigo iba agrandándose por momentos; reproducía hábilmente y con más velocidad todos los movimientos que Tcheng, asido al timón, imprimía al «Furia» intentando la huida.

—Con hachas, hombres intentar cortar cuerdas, garfios y tablones pasarelas. Pero no bastar, capitán Maloney.

Cinco silbidos inundaron la cubierta de ululantes amarillos que gastaban anticipadamente sus energías saltando frenéticamente y agitando sus corvos sables.

La distancia entre los costados de ambos barcos fué acortándose; Ross Maloney con un empujón quitó a uno de les tripulante el hacha que empuñaba. La aferró sólidamente por el mango y cuando pareció que los dos barcos se fundían en uno solo con un sordo crujir de maderas entrechocando, Maloney asestó furiosos y repetidos golpes sobre los largos maderos que de la otra borda lanzaban, sujetándolos por un extremo, sobre los pasamanos de la cubierta del «Furia».

El acerado filo del hacha levantaba astillas y sin tregua Maloney alzaba y descargaba el pesado instrumento de leñador. Vióse de pronto rodeado de gesticulantes amarillos. Describió molinetes veloces con su hacha abriéndose paso. En aquella masa de pieles amarillentas le iba a ser difícil distinguir los suyos de los enemigos.

Optó por la solución más temeraria, pero que a él le pareció más práctica en pie sobre la borda calculó rápidamente las posibilidades y al fin, lanzándose al espacio, sus pies chocaron con la borda del velero atacante. Siguió describiendo molinetes; sintió en su muslo un violento choque agudo…

Abandonó el hacha, que resultaba ya infinitamente pesada, y sus dos manos aparecieron despidiendo relámpagos sonoros. Los dos «Colt» vomitaban fuego mientras avanzaba lentamente… Aullidos feroces resonaban a sus espaldas; vió cómo Ling, el luchador que había sentido el primero la dureza de sus puños, le seguía abriéndose paso briosamente con círculos de su yatagán sangriento…

En el camarote de proa del velero de Kwei, un oriental, vestido con multicolores sedas y abalorios brillantes, gritaba exasperadamente órdenes sucesivas. Enfundó Maloney sus dos «Colt» y proyestóse hacia delante como un bólido, el fin de su carrera era el cuerpo cubierto de sedas y abalorios. Esquivó el relámpago de acero que buscaba su cuello y asestó dos cortos puñetazos a la media distancia en el estómago del oriental, continuó pegando ferozmente hasta que el lujoso capitán del velero de Kwei cayó en tierra insensible.

Con gesto asqueado, volvió la cabeza Maloney al sorprender el ademán salvaje con el cual Ling cercenaba de un tajo el cuello del amarillo vestido de sedas multicolores y brillantes abalorios.

Los gritos habían ido amenguando en la cubierta del velero de Kwei. Ahora era en la cubierta del «Furia» donde la tormenta humana rugía… El segundo velero, que antes estaba destinado a cortar una posible retirada, acudía en auxilio de su comprometido cómplice. Habían abordado, y los hombres que no siguieron a Ross Maloney en tu audaz incursión al bordo enemigo luchaban en desventaja con los nuevos atacantes.

Insensiblemente, sin ser capaz de dominarse, Ross Maloney oyóse

gritando salvajes imprecaciones a la par que manejaba circularmente el hacha que acababa de recoger de manos da un moribundo.

Repartió a diestro y siniestro tajos escalofriantes, avanzando ciegamente, sintió de nuevo un golpe en el muslo… Soltó otra vez el hacha demasiado pesada y sus puños entraron en acción… Ebrio, golpeaba como un autómata, hasta que, doliéndole todos los músculos y sintiéndose mareado embatió los brazos a sus costados…

Desmantelados, los dos veleros enemigos estaban siendo despojados de sus velas; activamente, los «macacos» de Maloney tiraban por la borda al agua los muertos, agonizantes y heridos…

Un círculo de hombres riendo sonora mente rodeaba a Ross Maloney, en la primera fila, Ling y Tian reían más que ninguno… La tripulación del «Furia», reducida a setenta hombres, enronquecía gritando.

—Te aclaman, capitán Maloney. Dicen ser tú el primer capitán que emplea las mismas armas que sus hombres y que entra en barco enemigo. Y hemos vencido porque tú ser «el huracán blanco».

Sólo entonces se dió cuenta Maloney de que el combate había terminado. Rasgó la pernera de su pantalón: en el muslo dos anchos cortes sangraban. Hábilmente, Ling, arrodillado, hizo dos torniquetes alrededor de las heridas… y miró hacia arriba vacilante, salmodiando unas palabras.

—Dice Ling si te cauteriza, capitán Maloney. Ser doloroso, pero cura.

—Que cauterice.

Tian encendió un manojo de yute y algodón; en la llama, que iluminó de rojizos resplandores los sudorosos cuerpos de los piratas, fué pasando repetidamente la hoja de su propio yatagán. Cuando estuvo negra de humo, dejó unos instantes la hoja de acero en el mismo centro de la llama y rápidamente la aplicó candente sobre el muslo herido.

Un olor de carne quemada ascendió a las narices de Maloney. Crispó las mandíbulas, cerró los ojos y sintió un frío intenso recorrer su columna vertebral… Sonrió.

Y un nuevo coro de vítores y roncas exclamaciones salvajes acogió el bautismo de fuego del «huracán blanco», que se cauterizaba como los viejos piratas chinos… y sonreía.

***

> «Yuan Kang a capitán Maloney. Quemar después de leer. Personalmente informado por Tcheng feliz arribo mercancía y derrota veleros Kwei, estimo que «El Huracán Blanco» es un joven caballero que vale más de trescientos dólares mes. Son quinientos si próxima expedición tiene tan feliz epílogo que ésta. Saludos.»

Mientras en un platillo el mensaje de Yuan Kang se convertía en cenizas, Maloney, con la pierna derecha tendida sobre una silla, bebía a sorbos su copa

de arroz. La pierna, sin vendar, mostraba las dos negras cicatrices donde había pasado la hoja candente del yatagán de Tian. Alrededor la carne estaba sin hinchar, era indudable que la cauterización china prevenía contra posibles infecciones o gangrenas. Pero en su fuero interno, Ross Maloney invocaba al diosecillo Azar rogándole que le evitara ulteriores cauterizaciones.

Después de cinco días de absoluta inmovilidad del «Furia» en su escondrijo, llegó un nuevo mensaje de Yuan Kang en el que citaba otras latitudes y longitudes para recoger otra mercancía.

Esta vez fué el propio Maloney quien manejó el sextante. Y cuando el «Furia» se inmovilizó, se dispuso a presenciar de nuevo el cargamento de cajas… conteniendo armas. Porque el tintineo le había revelado cual era el tráfico especial que prefería Yuan Kang.

—Bajar tierra, capitán Maloney. Tenemos que ir poblado interior.

—¿Ah, sí? Bien.

Cinco silbidos cortos agruparon a todos los hombres en cubierta.

—A cinco leguas, en el poblado de Tcheng, viven cincuenta familias, capitán Maloney. Y al Sur precisar arroceras. Vamos a buscarlas.

Ross Maloney frunció el ceño, apoyando las manos en sus caderas.

—Explícate mejor, Tcheng. No entiendo.

—En el Sur necesitar mujeres recoger arroz. Escasear brazos. Nosotros llevar mujeres.

—Ah, bien. Ellas, naturalmente, irán por su propia voluntad, ¿no?

El rostro de Tcheng se pobló de infinitas arrugas.

—Tú buen humor, capitán Maloney. Ellas ir porque nosotros matar hombres y ellas no tener más remedio que ir Sur recoger arroz.

—¿Sí? Coge el timón, Tcheng. Media vuelta y a casa.

Tcheng abrió la boca en mueca de infinito estupor.

—Ser órdenes de jefe Yuan Kang. Muy colérico estar él si tú volver sin mujeres arroceras. Piensa mejor, capitán Maloney.

—A bordo de este cacharro mando yo. Coge el timón, y en cuanto a vosotros —hizo un amplio ademán como si empujara el aire—, otra vez a vuestra ratonera. Prestos. Desapareced. Que despejen. Traduce, Tcheng, o hablaré con los escupe-fuegos.

Lentamente, a disgusto, los hombres fueron desapareciendo por la cala. Inmovilizados de nuevo en su refugio del escondrijo de la ribera, Ross Maloney escribió un mensaje, que entregó a Tcheng para que lo llevara a Yuan Kang.

> «Yo, Ross Maloney, lucho contra hombres que atacan. No sirvo para raptar mujeres de un pacífico poblado. Se equivocó, Yuan Kang. Sólo valgo trescientos dólares al mes.»

Capítulo V

TREINTA RUBÍES

Ross Maloney daba su clase lingüística con Tcheng, el piloto silabeaba pacientemente y con precisión que él creía de una claridad meridiana y arrugaba el rostro viendo los esfuerzos con los que el americano pretendía imitar las difíciles eufonías del lenguaje chino.

El vigía, instalado en lo alto de la cofia, lanzó un silbido prolongado, que fué espaciándose hasta terminar en dos silbidos cortos.

Tcheng levantóse presuroso, en sus ojos, habitualmente impasibles, pasó una luz de temor, miró compasivamente al capitán Maloney, que había empezado a serle agradable.

—Jefe Yuan Kang honra «Furia» con su visita.

Al quedarse solo, Ross Maloney echó hacia atrás su gorra galonada. Rascóse meditabundo la poblada y enmarañada cabellera rojiza.

Cuando Yuan Kang apareció en el umbral del camarote sonrió con exquisita cortesía inclinando el busto. Tras él, cinco altos y hercúleos chinos del Norte se adosaron contra el tabique del camarote.

Ross Maloney, como si hubiera sido por casual inadvertencia, hallábase sentado tras la ametralladora «Maxim» que enfocaba la puerta de entrada y el diván. Cortésmente devolvió el saludo a Yuan Kang.

—Hónreme sentándose, Yuan Kang. Tengo un gran placer en volverle a ver.

Reposadamente, Yuan Kang tomó asiento en el diván. Extrajo de su pitillera un cigarrillo.

—Sus hombres le llaman ya «el huracán blanco». Los ha conquistado. Pero yo debo dirigirle un reproche, capitán Maloney. Es usted el primer blanco que se muestra reacio a acatar mis deseos.

—Alguno tenía que ser el que empezara, Yuan Kang. Yo, al acepar su contrato verbal, entendí bien claramente que transportaría los cargamentos defendiéndolos contra toda clase de ataques. He cumplido. Pero nunca acepté matar a cincuenta hombres de un poblado indefenso para raptar a sus mujeres y convertirlas en esclavas del Sur.

—Le escucho con atención, capitán Maloney —dijo Yuan Kang, despidiendo hacia el techo una aromada bocanada de humo—. Pero a su vez escúcheme con atención, no tengo por costumbre discutir con los hombres a quienes doy empleo.

La amable faz del mongol, hasta entonces sonriente, habíase convertido de pronto en una máscara cruel de ojos entornados y herméticos.

—Tiene usted una última probabilidad para desvanecer la mala impresión que me ha causado. Esta noche se dirigirá al punto señalado y esta madrugada desembarcará aquí mismo las cincuenta mujeres que preciso.

—Cuando yo digo que no, es no, Yuan Kang. Rotundamente, no. No soy ningún sentimental, pero tampoco soy ningún cobarde asesino. Cuidado, Yuan Kang, no intente hablar con sus hombres ni les haga ninguna señal. Me importa muy poco morir, pero, naturalmente, usted y sus cinco hombres me precederían en el camino. Se habrá usted dado cuenta de que tengo la espalda contra el tabique, las piernas abiertas y entre ellas una magnífica «Maxim» recién engrasada, que con una leve presión sobre el gatillo…

Yuan Kang fumaba en silencio, su máscara continuaba siendo un hermético rostro cruel e impasible.

—No quiero pelear tontamente con usted, Yuan Kang. Quiero ganarme mis trescientos dólares al mes. Pero usted tiene muchos veleros, encargue a cualquier otro la gran hazaña de raptar mujeres. En eso no me meto, porque no puedo impedirlo. Pero a mí mándeme cosas más de acuerdo con mi carácter. Yo no quiero pelear con usted, se lo repito. Sus cinco hombres no hablan inglés, no saben lo que entre nosotros está ocurriendo. Su prestigio en nada disminuye; yo sigo siendo un blanco a sus órdenes. Póngame a prueba ¿hay algo muy difícil cuya consecución persigue? ¿Algo que suponga mi vida en peligro? Piénselo y encomiéndemelo, pero que sea algo limpio. En fin, relativamente limpio. Que sea algo en que unos hombres poco escrupulosos puedan perder la vida, y entre esos hombres poco escrupulosos me incluyo yo.

Con lentos ademanes, Yuan Kang aplastó su cigarrillo sobre el borde de su sillón.

—Manifiesta usted, joven caballero, determinados escrúpulos que mi mentalidad obtusa no comprende bien. Pero, por otra parte, me dolería prescindir de los servicios del «huracán blanco». Le concederé una probabilidad de borrar la mala impresión que me ha causado su reciente negativa y su actual posición amenazadora. No estoy acostumbrado a ello.

—Tampoco yo me enrolé a su servicio para raptar mujeres.

—Ya me lo dijo antes. Escúcheme: hay treinta rubíes —las manos de Yuan Kang describieron en el aire una caricia fervorosa— que proceden del valle de Mogok. ¿Sabe usted lo que es un rubí?

—Naturalmente. Es un pedrusco rojo.

Yuan Kang chasqueó la lengua con expresión de disgusto.

—El rubí, joven caballero, si procede del valle de Mogok es una de las piedras preciosas favoritas en el mercado. Ni la pureza del diamante ni la fina perfección del zafiro han conseguido ensombrecer el soberbio fuego de los rubíes imperiales. Los treinta rubíes perfectos que han visto ojos humanos estaban encerrados en un saquito y fueron robados a un joyero inglés llamado Simpson, que perdió la vida al intentar defenderlos.

—¿Y usted quiere que yo robe estos guijarros rojos?

—No emplee estos vulgares términos, joven caballero. Ni yo puedo aconsejar los robos ni usted es un ratero. Kwei mató a Simpson y a su esposa con el solo afán de que los treinta rubíes formasen una gargantilla que rodea el cuello del Buda que en su domicilio particular adorna su oratorio privado. Si

rescatásemos estos rubíes, ganaría usted cinco mil dólares.

—¿Cinco mil dólares? ¿Cuál es el domicilio particular de Kwei?

—Juego siempre limpio, joven caballero. Le recomiendo conmigo el mismo método, yo nunca habría esperado la visita de un amigo manteniendo entre las piernas una ametralladora.

—Olvídelo. Tampoco yo iría a visitar a un amigo acompañándome de cinco colosos tan feos y huraños como esos cinco que le rodean. Volvamos a lo que nos interesa, le he pedido el domicilio particular de Kwei y usted me contesta que juega siempre limpio. Aclaremos.

—Desde hace seis meses he realizado cinco intentos contra los treinta rubíes de Kwei. Me han costado ya veinte hombres.

—No eran de mi categoría. Eso es todo.

—La confianza en sí mismo es la base del triunfo. ¿Me permito preguntarle qué edad tiene usted, *mister* Maloney?

—Veinte años. ¿Y qué? —silabeó Maloney, enrojeciendo—. Abandone sus orientalismos y hábleme a la americana: sin rodeos. Yo tengo una piel y la ofrezco para ganarme cinco mil dólares, usted quiere treinta rubíes. Ese es el trato.

—Su barco, *mister* Maloney, permanecerá inactivo seis días. En esos seis días usted puede tratar de realizar la misión que le encomiendo.

Mientras hablaba, Yuan Kang extrajo de su cartera de piel tres billetes de cien dólares.

—He aquí su mensualidad por anticipado —depositó el dinero sobre la mesita del centro—. Percibirá usted cinco mil dólares cuando en la palma de la mano me reluzcan los treinta rubíes. Le notifico que para un particular no tienen ningún valor, nadie se los compraría más caros de cinco mil dólares, suponiendo que se atrevieran a comprarlos.

—Queda advertido, Yuang Kang. Soy un aventurero, sólo un aventurero. Tengo como única fortuna un metro noventa de piel que me juego a una carta. Cumplo siempre mis compromisos, y mi actual compromiso es que hay un Buda con treinta rubíes alrededor del cogote, rubíes que intentaré traerle y que usted me pagará cinco mil dólares.

—Bien. Kwei, como yo mismo, es un honorable comerciante respetadísimo que reside en Shangai en un palacete que es un excelente exponente del buen gusto de mi colega. Por cierto, antes de seguir adelante, debo advertirle que sus hombres le llaman a usted el «huracán blanco» porque, además de lanzarse al bordo enemigo, se lanzó usted huracanadamente sobre un eminente oriental cuyo cadáver sin cabeza ha sido encontrado flotando en el río. Algún superviviente del combate le contará a Kwei que fué usted, con su característica cabellera rojiza, quien mató al capitán de uno de sus veleros.

—Bien. Eso complica un poco las cosas, pero las hace más excitantes.

—Será para usted un mayor motivo de excitación el saber que el capitán del velero era un hijo de Kwei.

Ross Maloney parpadeó; comprendió que Yuan Kang no ofrecía nunca dinero en balde.

—Lo siento por Kwei. Pero prefiero que sea él quien lamente la muerte de un hijo a que fuese un honrado granjero de Kentucky. Bien, ¿dónde reside este Kwei?

—Cualquier transeúnte se lo indicará en Shangai. Lo que ya no resulta tan fácil es penetrar en su domicilio. Toda la astucia de Tcheng, que lo intentó, no le sirvió para lograrlo. Y a duras penas nuestro excelente piloto consiguió regresar vivo de su intento.

—Me las ingeniaré, Yuan Kang. Tengo seis días para pensarlo y llevarlo a cabo, ¿no es así?

—Así es. Dentro de este plazo puede usted obrar como mejor le parezca. Naturalmente, usted no me conoce, y le recomiendo que para poder transitar libremente por las calles de Shangai sin tener que contestar a enojosas preguntas de la policía británica acuda a Wu-Chow. Es un mercader de lacas que reside en la Colina de la Luna. Él podrá arreglarle la documentación del capitán O'Neil a su nombre de usted. Cuando usted regrese, joven caballero, si trae los treinta rubíes, entrégueselos a Tcheng, que inmediatamente le entregará los cinco mil dólares. Le deseo muy buena suerte, capitán Maloney.

—Mi buena suerte será la suya, Yuan Kang.

Yuan Kang lentamente salió a cubierta. Tras él sus cinco hombres se abrieron en semicírculo.

Sin detenerse, Yuan Kang habló suavemente en chino a Tcheng.

—El «huracán» blanco va a tierra. Quizá regrese con treinta rubíes. Si te los entrega, dale el placer de que sus manos se cierren sobre cinco billetes grandes. Después… el capitán Ross Maloney debe morir. Me ha desobedecido.

Tcheng, inclinándose profundamente, asintió en silencio.

—El «huracán blanco» va a tierra. Temible; pero nadie en la Tierra podía compararse al sabio y justiciero Yuan Kang, el Magnífico…

Capítulo VI

UNA LUZ EN LOS BAJOS FONDOS

Las estrechas calles de Shangai, invadidas por banderolas, paneles y letreros verticales repletos de sinuosos dibujos, estaban permanentemente empavesadas como si celebraran una fiesta perpetua. Y no era más que la manifestación de un activo comercio.

Perry Carter gustaba de vez en cuando de perderse por las callejuelas más sórdidas del barrio bajo de Shangai. Una de sus favoritas afirmaciones era que

había muy pocas cosas en ése mundo que podían asombrarle.

Por esta razón, cuando desapareció repentinamente Ross Maloney, él se había limitado a encogerse de hombros y adquirir otro «sparring».

Y aquella noche dirigíase a un antro donde sabía que encontraría la mejor comida especial que se guisaba en todo Shangai; y eliminando determinados platos repugnantes a un paladar occidental, la cocina china poseía exquisiteces inigualables.

De pronto se detuvo, pestañeando asombrado. Aquel capitán mercante de blanca guerrera, pantalón azul, zapatos blancos y gorra, galonada, no era…?

Se acercó más, los amplios hombros, la estrecha cintura y el andar indolente y desgarbado acabaron de convencerle.

—¡Pero! —vociferó—, ¿dónde es el baile de mascara, paisano?

—En tu busca venía, Perry —y Maloney sacudió vigorosamente la diestra del ex boxeador—. Te invito a cenar.

—¿Dónde te perdiste? Y esta gorra, ¿a quién se la has birlado?

—No insultes a la marina mercante, Perry. Hojea mis papeles.

Bajo la luz de un farol Perry Carter examinó el carnet y la documentación que le tendía Maloney. En ella se leía, avalado por múltiples sellos navales, que Ross Maloney era oficial mercante de la marina estadounidense. Y la foto que ostentaba el legítimo carnet era la de Ross Maloney. Su visita a Wu-Chow en la Colina de la Luna había surtido el efecto de proporcionarle un inteligente arreglo de la documentación legal del capitán mercante Terry O'Neil.

—No me quiero meter en honduras, paisano —dijo Carter, devolviendo la documentación y el carnet—. Lo esencial es que has progresado y me contenta poderlo apreciar. Puesto que me invitas, vamos al «Phan-Tong». Sirven unas aletas de tiburón que son mejores que los faisanes de por allá.

—Vamos al «Phan-Tong». Me dedico al comercio fluvial, ocupación reposada y que me da algunos beneficios. ¿No estarás molesto porque te abandonara sin siquiera despedirme de ti?

—No, muchacho. Cada uno debe aprovechar las oportunidades que se le presentan. Si te puedo servir en algo, no olvides que llevo siete años en Shangai y tengo muchas relaciones… de todas clases.

—¿Has oído hablar de un joyero llamado Simpson y de un chino llamado Kwei?

Desprendióse el ex boxeador del brazo que le enlazaba, y se detuvo para mirar curiosamente a Maloney.

—¿Tú también, paisano?

—¿Qué quieres decir?

—He oído hablar de varios blancos decididos que preguntaron por Kwei y a la vez por Simpson. No tardaron mucho tiempo en perder para siempre la lengua.

Perry Carter cambió de conversación hablando de su gimnasio. Al fin señaló a Maloney el inicio de unos escalones que descendían en espiral.

—Ese es el «Phan-tong», es de lo más típico. Me conocen y no hay peligro. A solas no te recomendaría que lo visitaras.

Al término de las escaleras abríase una salita cuadrada alrededor de la cual compartimentos velados en su entrada por cortinas de cordones multicolores contenían la clientela del «Phan-Tong». En el centro de la salita, cuatro mujeres sentadas tañían instrumentos antiguos de los que arrancaban melodías plañideras y monótonas.

Con los seguros ademanes del habitual concurrente, Perry Carter se aproximó a una de las cortinas tras las que reinaba el silencio y abriéndolas se sentó en uno de los dos bancos de madera que flanqueaban una mesita de reluciente laca. El compartimento aislaba por completo a quienes se acomodaban en él.

Un obeso y desmadejado chino entreabrió el cortinaje y saludó sucesivamente a Carter y Maloney. El ex boxeador en una mezcla de inglés y chino dictó el menú.

—Es una cocina excelente —dijo Carter cuando hubo desaparecido el camarero—. Tienen el secreto de un potaje tan sabroso que nunca he querido saber de qué se compone, porque…

—No pienses con el estómago, Perry. Dime, ¿por qué no me cuentas lo que le ocurrió a Simpson?

—Tengo cuarenta años, paisano. Quiero llegar a viejo y no lo lograría si saciara tu curiosidad. ¿Ves esas paredes tan delgadas? Traicionan mucho, y sobre todo en el «Phan-Tong». Yo soy un simple trabajador que he venido a comer aquí. Imítame.

—Bueno, no insistiré. Comeremos.

Perry Carter se extendió en encendidos elogios de la comida. Cuando encendió el cigarro, sonrió irónicamente.

—No quiero saber lo que te propones, paisano. Te tengo aprecio y me duele ver el camino que has emprendido. Allá tú, pero me parece que hubieras llegado más tranquilamente a reunir dinero en mi gimnasio. ¿Piensas quedarte?

—Sí. No quiero comprometerte, si el negocio que traigo entre manos me sale bien, alguna de estas paredes podría contarle a Kwei que tú estuviste cenando conmigo.

—Eres joven, paisano, y no conoces aún la satánica complicación del alma china. Comprendo muy bien que veladamente me acuses de cobarde que se asusta de unas pieles mantecosas. Sin rentar, muchacho; quédate aquí si este es tu gusto. Espero que no tendrás que manejar los bultos que hinchan tus caderas bajo la guerrera.

Perry Carter estrechó la mano que cordialmente le tendía Maloney.

—Hasta ahora este local ha sido un tranquilo lugar donde vienen a cenar los entendidos. Dentro de unos instantes cesará el servicio de cenas, en la pista habrá bailes y atracciones…. y casi todas las noches, muchos de los que entran en pie, salen con los quesos hacia delante.

—Me estás asustando, Perry —dijo riendo Maloney—. Pero debo quedarme, quizás habrá alguien que no tenga reparos en hablarme de Simpson y Kwei.



¿Es usted Ross Maloney?

—Seguro —dijo enigmáticamente Carter entreabriendo la cortina y

disponiéndose a salir—. Fíjate bien en las desgraciadas que saldrán a cantar o a bailar; te recomiendo que invites a una de ellas. El programa la anuncia como «Hsum Wu Hu». Feísimo, ¿verdad? En inglés significa «Sonrisa dulce y florida». Invítala, paisano; pregúntale por Simpson… y que Dios te ayude.

Quedóse solo Maloney, pensativo. El campechano y escéptico Perry Carter como despedida había invocado la ayuda de Dios. ¿Tan peligroso era el camino que iba a emprender? Encogióse de hombros, cinco mil dólares era el principio de una fortuna.

Entreabrió el cortinaje dejándolo prendido en las maderas laterales, durante media hora contempló sin gran placer las contorsiones y las vocalizaciones de chinas, mulatas, blancas, que se turnaban en el tablado entre los bailes de parejas constituidas masculinamente por marinos en su mayoría.

Ross Maloney escribió sobre el dorso de una cartulina, empleó más de cinco minutos, porque la ortografía no era su fuerte.

> «Ross Maloney invita a Sonrisa Dulce y Florida. Desea hablar con ella seriamente.»

Entregó la cartulina al obeso camarero, que asintió repetidamente a la explicación de Maloney.

—Tú desear Hsum Wu Hu venga. Yo decir. Ella cantar ahora mismo.

En el tablado apareció una muchacha rubia, de piel muy blanca y grandes ojos fríos de grises pupilas. Vestía un largo vestido de noche, azul. Cantó maquinalmente con gesto de hastío, su voz era de un registro grave, sin educación artística.

Al terminar de cantar, acercóse a ella el obeso camarero, que le entregó la cartulina con grandes acompañamientos de gestos señalándole el compartimento de Ross Maloney.

Ella leyó la tarjeta sin que de sus labios se borrara la mueca de infinita lasitud que daba a su rostro bonito una apariencia de desengañada amargura.

Ross Maloney, cuando ella entró, se puso en pie, algo cortado. No tenía la menor experiencia en el trato femenino.

—¿Usted es Ross Maloney? ¿Qué quiere?

—Pues… sí, soy Ross Maloney. Siéntese, señorita; yo estaría muy contento si usted aceptase un té caliente.

Ella se sentó mirando burlonamente al muchacho, que había enrojecido hasta las raíces de los cabellos, y que le ofrecía una taza de té.

—Prefiero un coñac doble, marinero —dijo ella con su voz ronca.

—Ah, bien. Como usted quiera —replicó él, lamentando interiormente que aquella muchacha de distinguidos ademanes bebiera como un marinero.

El obeso camarero depositó ante Sonrisa Dulce y Florida un vaso grande lleno de ambarino licor. Ella bebió lentamente a sorbos.

—¿Has venido a divertirte, marino?

—No, no me gustan esas diversiones, señorita. Yo he venido a…, en fin,

a preguntarle a usted qué le pasó a Simpson, el Joyero.

Lo que sucedió llenó de pasmo a Ross Maloney. Ella, sin levantarse, acentuada su sonrisa amarga, lanzó al rostro de Maloney el resto de su vaso.

—¿Un gracioso, eh? Me lo figuraba, pero eres aun muy joven para venir a burlarte de mí.

Ross Maloney limpióse el rostro, de nuevo había enrojecido, pero esta vez era de furor. Dominándose, echóse hacia atrás sobre el tabique del compartimento.

—¿A ti te llaman Sonrisa Dulce y Florida? Lo celebro, porque si llegan a llamarte Mal Educada Colérica, a estas horas me habrías roto la mesa en la cabeza. Te advierto que pese a todo conservo una enseñanza que mi madre me dió no debe nunca tocarse a una mujer con la palma de la mano en la mejilla. Dale gracias a mi madre.

Ella le escuchaba atentamente. El rostro de Maloney no hablaba de cinismos ni de maldad. Quiso averiguar por qué aquel desconocido preguntaba por Simpson, el joyero.

—¿Por qué me has hablado de Simpson, el joyero?

—Olvídalo. No he dicho nada; si llego a saber que ibas a arrojarme el coñac al rostro, comprenderás que no te hubiera dicho esta boca es mía. Buenas noches, Sonrisa… Triste.

—No te vayas aun. Explícame por qué querías… Eres joven; casi un muchacho pese a tu traje de oficial mercante. ¿De dónde eres?

—Aprecia la diferencia entre tú y yo. Sonrisa Triste. Me preguntas cosas y yo no te echo mi vaso al rostro. Soy buen chico. ¿Quieres saber quién soy? Pues un americano que lamenta que tú, una mujer blanca y distinguida, esté aquí sirviendo de espectáculo a unos marinos ebrios.

Ella se puso repentinamente seria, en sus ojos hostiles apareció una luz de extraña simpatía, que la hizo atractiva.

—Pero… ¿tú no sabes quién soy?

—Es la primera vez que entro en este local. No sé quién eres; fué un amigo el que me dijo que si quería saber algo sobre Simpson, pues que… que te preguntara a ti. Me dijo solamente que te llamaban en los programas Hsum Wu Hu.

—Le ruego me perdone, Maloney. Pensé al principio que usted venía a humillarme, a burlarse de mí.

—¿Yo? Nunca he tenido esta intención, señorita.

—Ahora lo comprendo. Y por esa misma razón le explicaré lo que le ocurrió a Fergus Simpson. Era un joyero honrado, que traficaba por cuenta de una casa londinense. Vivía en Shangai con su esposa y su hija, y en uno de sus viajes al interior consiguió comprar a un mandarín treinta rubís únicos. Le había acompañado en este viaje su esposa, en el camino de regreso, unos ladrones mataron a Simpson y a su esposa para robarles los rubís.

—Lo sabía ya, señorita. Y ahora es cuando veo aun menos la razón por la que mi pregunta primera me ha valido recibir en plena cara el contenido de su

vaso.

—Le he pedido perdón, Maloney. Mi nombre es Margaret Simpson; soy la hija del joyero Simpson.

Ross Maloney enrojeció esta vez de sincero pesar y torpemente palmoteó sobre la mano de Margaret Simpson.

—Oh, perdone. Yo no sabía, no podía saber…

—Y por esto cuando me preguntó usted por mi padre, creí que, como otros blancos, venía usted a humillarme, a echarme en cara que trabajase aquí, en un *cabaret* chino…

—Cada uno es libre de hacer de sí lo que prefiera. Pero…. sin meterme donde no me llaman, permítame decirle que es usted superior a toda esta gente. ¿Por qué no regresa a Londres? Allí tendría otras posibilidades de vivir de acuerdo con lo que ha sido.

—Cuando mis padres murieron, me juré que no volvería a Londres hasta que no lograse vengarlos. No me importan los caminos, pero he de lograr mi venganza. Pronto sabré quiénes fueron los cuatro hombres que mataron a mis padres… Después de ellos, ya sólo tendré una meta: el hombre que los dirigió, el hombre que ordenó que asesinaran…

—Kwei —susurró en voz baja Maloney.

Ella levantó la cabeza y miró rectamente a Maloney.

—¿Cómo lo sabe?

—No Importa. Podemos mutuamente ayudarnos. Usted busca a Kwei, yo también.

—¿Por qué lo bucea?

—Es difícil de explicar. «Dicen que aquí las paredes oyen; ¿podríamos ir a otro sitio donde hablaríamos más confidencialmente?

—Sí. Pero, sin ofenderle, creo que es usted muy joven para intentar luchar contra Kwei.

—Usted es una mujer y sin embargo esto, se ha propuesto lo mismo.

—Tengo la fuerza que me proporciona el saber que si muero moriré feliz porque habré intentado vengar a mis padres. ¿Cree usted que habría podido resistir todo esto —y señaló con la mano la salita— si no me hubiera guiado el afán de vengarme?

Ross Maloney asintió, mientras ella se levantaba. Salieron del compartimento y ella se marchó diciéndole que iba a recoger su abrigo. Pagó Maloney al camarero y se dirigió a la puerta de salida, donde se detuvo esperando a Margaret Simpson.

La vió cerca del guardarropía, intentando desasirse de la mano de un corpulento chino que la asía por la muñeca. Acercóse Maloney con su peculiar paso indolente.

—Tú, sapo gordo, suelta a la señorita.

—No me deja salir. Pretende que aun no he terminado mi actuación.

El chino corpulento, sin soltar la muñeca de Margaret Simpson, emitió un ronco y gutural chillido.

Corriendo se acercó un «mezclado» que Ross Maloney vió llegar con placer. Era el camarero-matón de «Los alegres muchachos», el mismo que hacía dos años le había despojado de sus diez dólares, administrándole después una paliza.

—¡Vaya; vaya, querido! ¿Tú eres el mantenedor del orden aquí dentro ahora? Has progresado…

El «mezclado» lanzó los puños en dirección al rostro de Maloney, que ladeándose le propinó un recio «uppercut» en el mentón, y sin esperar la reacción, le asestó varios golpes sucesivos hasta derribarlo.

—En paz, querido.

El chino que sujetaba a Margaret Simpson la soltó para abalanzarse sobre Maloney. Éste esquivó la acometida y empleó la táctica número dos de Perry Carter: su rodilla se elevó y trabó violento contacto con el vientre del chino, que con un gemido aulló lastimeramente.

Ross Maloney asió por un hombro a Margaret Simpson.

—Salga, señorita. Espéreme fuera, mientras termino este asunto.

Ella aguardó en la puerta. Comprendió que se había equivocado al valorar la ayuda de aquel larguirucho joven de rostro imberbe; la facilidad con la que luchaba Maloney indicaba que no era la primera vez que debía valerse de los puños.

Y acabó de convencerla el sonriente ademán de Maloney, con el que al sacar sus dos «Colt» detuvo la avalancha de chinos que se aproximaban corriendo.

—Calma, macacos. Pasitos atrás y buenos modales o mis escupe-fuegos os harán cosquillas y no hay «lluvia de almendros» que valga.

Riendo fué Maloney andando hacia atrás. Antes de llegar a la puerta disparó sucesivamente; las bombillas del local fueron saltando en añicos… La oscuridad se pobló de imprecaciones y carreras…

—Estiremos un poco las piernas, señorita —dijo Maloney cogiendo con su mano la de Margaret Simpson—. La policía llegará, como siempre, algo tarde, pero no deseo darles explicaciones.

Corrieron por el dédalo de callejuelas, sólo cuando estuvieron en la desierta alameda del puerto, soltó Maloney la mano de ella, que respirando entrecortadamente se sentó sobre el muro, mirándole con curiosidad.

—Me equivoqué plenamente al juzgarle, Ross Maloney. Es usted muy joven para haber vivido con los piratas del río. Sí, no me crea adivinadora del pensamiento, ni enterada de su vida. Ha hablado usted de «escupe-fuegos» y «lluvia de almendros». Estas expresiones sólo las usan en inglés los piratas fluviales. Pero yo, como usted, no me gusta meterme donde no me llaman. Le he advertido eso simplemente porque ahora, ahora sí creo que puede ayudarme. No le hace ascos a sacar sus pistolas. Y para hablar con Kwei tendrá quizás que usarlas con frecuencia.

—Dígame, Margaret —y Maloney se apoyó junto a ella en el muro—, ¿usted pretende vengarse nada más, o también quiere los rubís?

—¿También? —y sonrió ella—. Ah, ya comprendo. Usted persigue los rubís, ¿no es así? Puede estar tranquilo; no sólo no quiero los rubís, sino que les tengo un odio feroz. Ellos fueron los culpables de la muerte de mis padres y de mi actual situación.

—¡Ah, magnífico! —y Maloney aspiró con deleite el aire salado—. Ganaremos este negocio, Margy. No somos competidores, sino aliados.

Capítulo VII

KWEI, EL PODEROSO

Después del combate en que el «Furia» venció a los dos veleros de Kwei, uno de los heridos, que había sido lanzado por la borda al río, consiguió nadar silenciosamente hasta la ribera.

Allí se ocultó rendido entre los cañaverales, y los cimbreantes bambú le protegieron de una muerte cierta, porque en su escondrijo escapó al último tratamiento de la tripulación del velero de Ross Maloney, tratamiento que consistía en recorrer las orillas y rematar despiadadamente a todos los que yacían heridos.

El superviviente, llamado Wong, empleó cuatro días en recorrer la distancia que le separaba de Shangai; arrastróse entre los cañaverales, comiendo pequeños puñados de arroz y bebiendo febrilmente la fangosa agua del río.

La ancha herida que surcaba su pelado cráneo estaba ya próxima a cerrarse cuando desde la cima de un altozano distinguió los blancos edificios de Shangai, que desde aquella distancia se apiñaban junto al ancho cauce del río en su desembocadura en el Océano Pacífico.

Con las plantas de los pies desolladas por la larga caminata, Wong reposó entre los hierbajos en espera de que las tinieblas de la noche invadieran la ciudad.

A las nueve de la noche, cinco días después de la derrota de los dos veleros de Kwei por el «Furia», Wong, convertido en un lamentable harapo humano destrozado, llegó junto al alto muro que rodeaba circularmente el extenso boscaje en cuyo centro se erigían las cúpulas redondas del palacete de Kwei.

Ayudándose para andar con el apoyo del muro, fué deslizándose Wong hasta la monumental verja de afilados remates en lanzas, y aferrándose a los barrotes los sacudió con sus últimas energías.

Desde la espesura del jardín-bosque, dos altos mongoles se acercaron silenciosamente a la verja y vieron colgado de ella al desvanecido Wong.

Impasibles, abrieron la pesada reja y empujando al inanimado Wong,

cuyas manos parecían incrustadas en el hierro, volvieron a cerrarla siempre en silencio.

Recogieron del suelo a Wong y se perdieron en el intrincado laberinto de frondosa vegetación. De los brazos de los dos mongoles, pasó Wong al segundo cordón de vigilantes que garantizaban la seguridad del palacete de Kwei.

El bosque florido terminaba a veinte metros del edificio en un riachuelo artificial que a cada diez pasos era cruzado por un minúsculo puente de madera.

A la luz solar, aquel paraje silencioso debía adquirir tonalidades románticas, pero tenuemente iluminado por la luna tenía un aspecto sombrío mientras el inconsciente Wong era trasladado desde el riachuelo a la escalinata de marfil que daba entrada a la mansión de Kwei, el Poderoso.

En lo alto de la escalinata apareció Tino Bordini; había nacido en Córcega y mal vivido en múltiples rincones del mundo hasta que había logrado merecer la relativa confianza de Kwei, que le había nombrado cabecilla de su cuerpo de guardia.

Desde hacía cinco día, Kwei el Poderoso estaba recluido en su oratorio particular, del que sólo salía para efectuar sus comidas; el resto del día quemaba incesantemente barritas de incienso ante sus ídolos, invocando el favor de los dioses.

Cuando le anunciaron que uno de los tripulantes de los dos veleras derrotados quería hablar con Kwei el Poderoso, éste reposadamente abandonó su oratorio y atravesando entre dos hileras de armados mongoles que abatieron sus sables e inclinaron las cabezas en señal de sumisión, llegó hasta la sala donde junto a Bordini, Wong, al verlo entrar, se extendió en el suelo y arrastrándose fué a besar las sandalias de Kwei el Poderoso.

—Habla, Wong. Mis infelices oídos están prestos a escucharte.

—No merezco vivir, señor poderoso, porque he presenciado la muerte de tu excelso hijo.

—Tan fatal nueva llegó a mis miserables oídos ha ya cuatro días, Wong. Sólo he sabido que mi hijo murió luchando, pero tú que fuiste testigo me explicarás su muerte y vuestra derrota.

—Una pantera blanca con la cabellera llameante se precipitó a bordo de nuestro velero. Escupió fuego y puso sus infames manos sobre el cuerpo de tu excelso hijo, derribándolo al suelo. Después le cortó la cabeza y yo recibí mi herida. Merezco la muerte, señor poderoso, porque no supe…

—Descríbeme a esa pantera blanca.

—Es alto, esbelto como un junco y sus cabellos son rojos. Es joven; no debe haber cumplido veinte lunas llenas. Lleva ropas de jefe de barco blanco. Sus hombres le invocaban llamándole «el Huracán Blanco», y también le llamaban Capitán Pantera y Capitán Maloney.

—Gracias, Wong. Has cumplido con tu deber. Mis antepasados saludan respetuosamente a los tuyos. Paz a tus cenizas.

Y Kwei levantó la afilada mano de largas uñas, haciendo una señal a Bordini, que a espaldas de Wong descargó con todas sus fuerzas un culatazo sobre la nuca del infeliz pirata.



Margaret contempló sorprendida las facciones...

—Que sirva de pasto a las lampreas del Arroyo Plateado —dijo Kwei, sin dignarse siquiera mirar hacia el exánime Wong.

El Arroyo Plateado era el tercer cinturón defensivo del palacete de Kwei; el poético nombre designaba las aguas del riachuelo donde flotaban pétalos de flores que encubrían con sus blandos vaivenes las profundidades habitadas por voraces lampreas carnívoras.

—Atiende mis instrucciones, Tino Bordini. Te ausentarás por unos días. Conozco a los blancos que emplea el honorable Yuan Kang el Magnífico para el mando de sus veleros. Todos ellos necesitan de vez en cuando sumirse en el olvido del alcohol; recorre los infectos lugares de placer de la ciudad y recluta a los hombres que necesites. Pero no has de volver sin el Capitán Pantera. Mi alma sólo sentirá sosiego cuando ante mí aparezca el capitán Maloney.

Bordini empuñó por los sobacos a Wong e iba a salir con él a rastras, cuando Kwei añadió:

—Recuerda bien, Tino Bordini, que necesito al Capitán Pantera vivo. Su cadáver lejos de los muros de mi humilde cabaña, significaría tu cadáver.

—Cumpliré tus deseos, Kwei.

Un anciano majestuoso, de elevada estatura y rostro impregnado de bella serenidad, regresó a su oratorio particular para seguir invocando el favor de los dioses.

***

Margaret Simpson sonrió sin alegría al oír las últimas palabras de Ross Maloney.

—¿Le interesan los rubís?

—Sí; le confieso francamente que es mí única finalidad. Tendré mis defectos, pero no pretendo pasar por lo que no soy. Podría haber simulado que quería ayudarla por simpatía, y en efecto siento simpatía por su desgraciada soledad, Margy, pero son los rubís los que quiero. Y aunque sea por ellos, no desprecie mi ayuda.

—Gracias, Maloney. Pero debe saber que Kwei es un ente salvaje y supercivilizado; es el hombre más complejo de la intrincada mentalidad china moderna. ¿Cómo piensa emprender sus propósitos de acercarse a los dominios de Kwei? Reside en un palacete que está más vigilado que una fortaleza británica.

—Hay un proverbio mahometano que dice que si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Yo busco a Kwei, pero tengo la certidumbre absoluta de que Kwei tendrá aún mayor interés en encontrarme a mí.

—Hasta ahora nada de lo que ha dicho usted ha podido parecerme presuntuoso. Pero estimo ligeramente vanidosa su presunción de que Kwei puede interesarse en usted.

—¿Usted cree? Hace cinco días, en una noche bastante menos tranquila

que ésta, maté al hijo menor de Kwei.

Lejanos faroles difuminaban una escasa luz en el murallón donde estaba sentada Margaret Simpson; contempló sorprendida las facciones en la sombra del hombre que en pie a su lado confesaba tan tranquilamente un asesinato.

—¿Qué clase de hombres es usted? —preguntó en un susurro.

—No he tenido tiempo de pensar en ello. Quiero hacerme rico pronto a costa de los que pretenden la misma finalidad. Los medios para alcanzar mi meta me importan poco. Pero no nos confundamos, no soy ningún asesino. Lucho frente a frente exponiendo en el juego toda mi fortuna: mi propia vida. Bien, pero no es ocasión de filosofar, ¿quiénes son los cuatro hombres que mataron a sus padres?

—Eran cuatro mongoles dirigidos por un tal Tino Bordini, el lugarteniente blanco de Kwei. Cuando lo supe, avisé a la policía, pero Kwei no es llamado el Poderoso inútilmente. Aseguró personalmente al jefe de policía que Tino Bordini, el mismo día en que murieron mis padres, no salió para nada del palacete donde tenía a su cargo la enseñanza de idiomas occidentales a los hijos menores de Kwei.

—Bien; ya encontraré a este Bordini, profesor de idiomas. Pero, ¿puede aclararme que es lo que usted pretende exhibiéndose en un *cabaret*?

—Es joven, Maloney, para comprender mi intención.

—Si algo hay en este mundo que pueda irritarme es que me reprochen no haber nacido hace sesenta años. Si somos aliados, desde ahora necesito saber el porqué de su actuación en un antro como el «Phan-Tong».

—Puesto que quiere saberlo, le complaceré, aunque luego me desprecie usted. Kwei, como muchos de los magnates chinos, tiene en su palacete una estancia particular. En ella habitan bailarinas, cantantes y artistas de distintas razas.

—Eso me huele a lo que entre los árabes se llama «harem».

—Kwei renueva con frecuencia su *harem*, y acaricié el proyecto de que quizás se fijaría en mí.

—Pero… ¿se da usted cuenta de lo que dice? Eso de cantar, bailar y demás es una apariencia; la realidad es que Kwei, pues… pretende otra cosa.

—Lo sabía. Pero con tal de tenerlo sólo un instante delante mío, sin sus habituales guardianes, habría dado por bien empleadas todas las humillaciones que hubiese podido soportar. Pero desgraciadamente, por ahora, Kwei el Poderoso no se ha dignado fijar su atención en «Hsum Wu Hu».

—Abandone esta idea insensata. Sólo al pensar que usted, una blanca culta, podría ser acariciada por un chino senil, se me crispan los cabellos.

—Ya no soy la hija honesta de unos joyeros, Maloney; soy la tanguista del «Phan-Tong», que bebe y es besada por el que puede pagar…

—¡Calle, demonios! —gritó Maloney—. No me gusta oírla hablar así. Bien, no nos vamos a pasar la noche aquí. La acompañaré.

Descendió ella de su improvisado asiento, asiéndose del brazo de él.

—Resido en un hotel, puede alojarse allí, si no tiene un lugar mejor

donde acudir.

En silencio siguió él andando junto a ella.

—¿No había estado antes aquí en Shangai?

—Si; mi primer trabajo en esta ciudad fué vender abanicos y kimonos en una tienda del barrio bajo. Una china llamada Mei-Hsi tuvo la amabilidad de ofrecerme…

—¿Mei-Hsi? La envidio.

—¿Por qué? —dijo él, sinceramente asombrado.

—Todos los viernes por la noche abandona su tienda y no regresa hasta el amanecer. Viene a buscarla un palanquín de Kwei.

—Allá ella —comentó desdeñosamente Maloney.

—Este es el hotel donde resido. No tiene nada de lujoso; pero es limpio y lo regentan blancos.

Ross Maloney aceptó la habitación que le propusieron; era anexa a la ocupada por Margaret Simpson, que, instantes después, descorría el cerrojo que comunicaba las dos habitaciones, entrando en la alcoba de Ross.

—No se alarme —dijo sonriendo tristemente—. Vengo a proponerle un plan que le permitirá quizás el acceso al interior del palacete de Kwei. Usted conoce a Mei-Hsi; finja ignorar que ella va todos los viernes al palacete. Puede simular que está enamorado de ella; no es fea. Y lo demás queda a su inteligencia.

—No me gusta el procedimiento. No puedo mentir amores si no los siento. Ya encontraré otro medio más directo de entrar a mesarle las barbas a Kwei y embolsillar los treinta rubís.

—El palacete está rodeado por tres círculos de guardianes. Sólo por la astucia sería posible entrar en él. Consulte su almohada; mañana quizás estará de acuerdo conmigo.

—Buenas noches, Margy.

Y cuando ella hubo salido, Ross Maloney meditó en Mei-Hsi. Pero cuando la primera inconsciencia del sueño le invadió, no era el rostro de la china él que ocupaba su pensamiento: era el blanco rostro pintado de Margaret Simpson, la escultural inglesa que se hacía llamar «Sonrisa Dulce y Florida»…

Capítulo VIII

DOS HOMBRES AMABLES

Tino Bordini entró en el «Phan-Tong» y atravesó la compacta masa de las parejas que bailaban en la pista, dirigiéndose al corredor donde estaba instalado el despacho del dueño.

Halló en su interior al grueso oriental que, ayudado, por otro, aplicaba compresas frías sobre las sienes de un «mezclado» que gemía quejumbrosamente.

El *gangster* corso no manifestó la menor sensibilidad ante el lastimero estado del vapuleado, y procedió enérgicamente a devolverle el sentido, administrándole sendas bofetadas en los carrillos.

—Despega los labios —ordenó con concisa dureza—. ¿Dónde vive el hombre que te ha zurrado?

—Es el marino americano… —susurró el «mezclado» a través de sus labios tumefactos—. No sé dónde se aloja… Se fué seguramente a su barco…

—¿Cuál es su barco?

—No sé…

—Haz memoria, amigo —conminó Bordini mostrando ante los ojos semicerrados del contuso, un puño cerrado y amenazador—. Haz memoria o terminaré la faena del americano.

El dueño apoyó su mano rolliza en el antebrazo del corso.

—Aunque le dieras tormento no podrías hacerle decir lo que ignora, Bordini —advirtió—. Sólo hay un individuo en todo Shangai que podrá decirte el domicilio del americano, o cuando menos el lugar donde podrás hallarlo. Es un blanco, un tal Perry Carter. Es el que tiene un gimnasio y lo empleó hace tiempo como ayudante.

—Ya sé quién es ese Carter. Voy a por él. Pero ahora atiéndeme —y el corso colocó en el pecho del dueño un índice recto y conminativo—. A la primera ocasión en que por aquí aparezca ese rubio americano llamado Ross Maloney, trátale con amabilidad, y mándame a toda prisa un aviso. Necesito entrevistarme con él.

Tino Bordini abandonó el «Phan-Tong» y obtuvo fácilmente las señas del hotel donde se hospedaba Perry Carter.

En el hotel, el gerente le comunicó que a aquellas horas Perry Carter solía pasear por el malecón Sur, donde anclaban los «cargos» americanos.

—Nostalgia de su tierra seguramente —comentó Tino Bordini, con indulgente sonrisa. Cuando quería, sabía dar la impresión de que era un amable individuo.

Y fué con esta apariencia. que abordó al solitario paseante que deambulaba por el muelle Sur del gran puerto. Perry Carter sentía, en efecto, la nostalgia de su tierra natal, y el nocturno espectáculo de los marineros regresando, las más de las veces ebrios, a sus barcos, le hacía recordar idénticas escenas en puertos norteamericanos.

—Buenas noches, señor —saludó Tino Bordini—. ¿Tendría la bondad de darme lumbre?

El acento del corso era una amalgama de «slang» (argot) y puro neoyorkino. Perry Carter tendió su mechero.

La zona en que se hallaban era un angosto «dock» encajonado entre grandes masas cubiertas por lonas que encubrían las cargas en espera de ser

estibadas en las calas de los buques anclados.

—Creo que me he desorientado —dijo sonriente Bordini—. Desembarqué a media tarde y por cierto… ¿reside usted en Shangai?

—Sí —replicó Carter concisamente.

—Entonces podrá usted informarme, sí tiene la bondad. Traigo un mensaje verbal para Ross Maloney y no he podido hallarle en los lugares que me dijeron solía frecuentar asiduamente.

—¿Y por qué razón cree usted que yo puedo conocer quién es ese tal Maloney?

—Tengo entendido que en Shangai todo el mundo le conoce.

—También a usted le conozco yo, amigo.

La aparente amabilidad del corso sufrió un repentino cambio. Frunció las cejas para silabear despaciosamente

—¿Sabe usted quién soy?

—El testaferro de Kwei.

—Bien, ¿y qué? Cada cual debe ganarse el «beafsteack» como mejor pueda, ¿no?

—No se lo discuto. Buenas noches, Bordini.

Iba el ex boxeador a seguir su paseo, pero Bordini se interpuso, hundidas las manos en los bolsillos de su americana.

—Nada tiene de particular el informe que le pido, Carter. Se trata de algo interesante para Maloney.

—¿Si? Entonces, ¿para qué usó subterfugios? ¿Por qué fingió ser un turista en viaje? Si necesita verse con Maloney tenga paciencia. Quizás lo encuentre en su camino antes de que lo desee. Pero por lo que a mí se refiere, no tengo la menor intención de informarle.

—Nadie puede obligarle a ello, Carter. Buenas noches.

De nuevo ostentó Bordini su más amable sonrisa. Perry Carter, antes de proseguir su camino, preguntó:

—¿Tiene inconveniente de que notifique a Maloney, si lo veo, que usted desea entrevistarse con él?

—Ninguno. Le quedaré muy agradecido.

Perry Carter miró por unos instantes la amable sonrisa del corso, y empezó a alejarse. Quiso volverse y repeler la agresión, pero su acto reflejo de defensa funcionó una fracción de segundo demasiado tarde.

El brutal culatazo en la nuca le abatió boca abajo sobre el húmedo suelo. Volvió Bordini a colocar en su bolsillo la automática, y agachándose asió por los pies al desvanecido pugilista.

Arrastró el cuerpo hasta dejarlo oculto bajo una de las lonas y andando de prisa entró en una cabina telefónica del muelle. Pidió con urgencia su coche, que poco después llegaba conducido por Fioretto, el calabrés que le servía de segundo.

Entre los dos acomodaron al inconsciente Perry Carter en el asiento posterior. Sentóse a su lado Bordini, y pisando a fondo el acelerador. Fioretto

condujo hacia el palacete de Kwei.

Cuando Tino Bordini estuvo en presencia del anciano chino, expuso los motivos de su agresión a Perry Carter.

—Es el único amigo de Maloney. Él puede informarnos de dónde hallarle, Kwei. Simplemente con aplicarle alguna tortura…

Kwei alzó una de sus flacas y descarnadas manos.

—Es súbdito americano. Si lo torturas, después sufriríamos la oprobiosa visita de policías de la legación americana.

—Un muerto no habla, Kwei.

—Sabia es tu mente, Tino Bordini —reconoció Kwei, acariciándose las manos en suave frotación—. Y pienso también que la pérdida de una amistad, aunque nunca alcance la profunda herida que deja la muerte de un hijo, herirá también al Capitán Pantera. Cedo a tu libre albedrío la imaginación de las torturas más adecuadas para que el amigo de mi enemigo hable. Después… Le ruego que su cadáver sea depositado lejos de aquí. Un cadáver torturado en Shangai a nadie delata en particular.

Iba a salir Tino Bordini cuando Kwei dió una leve palmada imperiosa.

—Ese incidente en nada calma la ardiente sed que reseca mi garganta, Tino Bordini. Excusa mi impaciencia, pero debo recordarte que eres tardo en traerme a Pantera Blanca. Mi magnanimidad te concede cuarenta y ocho horas… Pasado este plazo mis dioses me proporcionarán un hombre que sea más apto que tú. Vete.

Si Perry Carter hubiera sabido el paradero de Ross Maloney, quizás bajo el acuciarte dolor del tormento habría hablado. Pero por más que gritó su ignorancia, sólo logró exasperar al corso, que, contrariado, oyó por fin decir al verdugo oriental, que «el preso había muerto».

Las aguas del puerto, con un «floc» macabro, se cerraron sobre el cadáver mutilado de Perry Carter.

Apuntaba la aurora cuando los garfios de unos míseros chinos que se dedicaban a arañar el fondo fangoso de la bahía en busca de desperdicios a los que pudieran sacar algún valor, remontaron a flote el cadáver de Perry Carter, atrozmente desfigurado.

Iban a lanzarlo de nuevo al agua, con la natural indiferencia de su idiosincrasia, pero desde una lancha vecina varios policías británicos de la patrulla portuaria, les conminaron a aguardarles.

La información periodística fué breve:

> «Ha sido extraído en aguas del puerto el cadáver mutilado de un hombre cuya identificación resulta laboriosa. Ostenta un tatuaje especial en el pecho, que adopta la línea de un busto de púgil en actitud defensiva, parapetado tras sus guantes. Se supone que pueda tratarse de Perry Carter, el propietario del gimnasio de su nombre, cuya desaparición nos ha sido señalada. Hasta ahora coinciden distintos visitantes del Depósito que conocían a Perry Carter en

asegurar que el tatuaje es idéntico al del ex campeón, asimismo como las restantes características físicas reconocibles.

»Un sórdido misterio más a añadir a la larga lista de crímenes impunes en Shangai.»

***

El sol iniciaba una tímida entrada de albores por entre las cortinas de la ventana de la alcoba donde dormía Maloney, cuando éste se despertó.

Molesto, oyó en la habitación vecina un susurro de dos voces. Una era la de Margaret; la otra pertenecía a un hombre.

Terminaba de desayunar en su alcoba, cuando la puerta de comunicación se abrió y Margaret Simpson, vestida de calle, entró.

—¿Descansó usted bien? —saludó ella.

Ross Maloney emitió un gruñido de aquiescencia por entre los vuelos de la servilleta con la que se secaba los labios.

Pero no era hombre apto a disimulos, y ante la ojeada extraña de ella prefirió aclarar los motivos de su enojo.

—Escuche, muchacha. Yo seré algo tosco, pero cuando luce el sol digo que es de día. Procuraré emplear palabras finas. Quien como usted nació en buenos pañales y recibió educación, no debería abandonarse a vivir en los peores aspectos.

—Ya le dije que sólo tengo una finalidad: vengarme; y no me importan los medios.

—¿Y es para vengarse que recibe visitas masculinas por la noche y en su alcoba? Usted insúlteme, si esto ha de aliviarla, pero me apena ver que una mocita de su nacimiento se comporta como una pobre hija del arroyo. He dicho, y queda usted muy libre de decirme que me meto en lo que no me importa. Pero repito: me apena su forma de vivir, Margy.

—El hombre que estaba en mi alcoba esta madrugada era Tino Bordini y venía a matarle a usted. Temí que le encontrase durmiendo y… eso es cuanto pasó.

—Tengo por costumbre dormir con un solo ojo. Y si el Bordini ese me buscaba, haberlo dejado. ¿Debo darle las gracias, Margy?

—No se las pido. Yo hice lo que creí mejor. Tino Bordini es un asesino a sangre fría. Nada tiene de luchador leal…

—Oiga: ¿y cómo vino a visitarla a usted si era a mí a quien buscaba?

—En el «Phan-Tong» debieron decirle que usted salió conmigo. Insisto, señor Maloney, y sé que usted se ofenderá lucha usted admirablemente, pero es mucha la coalición de Kwei y Bordini contra usted solo. La nobleza de temple fracasará frente a la sinuosidad de Kwei y su lugarteniente. ¿Cuál es el apodo que sus hombres le han puesto? Los orientales siempre bautizan a los blancos.

—Me llaman, no sé por qué, Capitán Pantera.

—De la pantera tiene usted la elasticidad, el arrojo, el felino distender y la agresiva acometividad.

Ross Maloney silbó admirativamente y Margaret sonrió melancólicamente.

—¿Por qué silba usted, Maloney?

—Me pasma la facilidad con la que enjareta palabras raras.

—Resabios de la educación que recibí. Y déjeme continuar siendo pedante en esta ocasión. La pantera tiene también rojizos resplandores en los ojos cuando lucha, porque nació con temperamento amante de la lucha. Pero su flexibilidad es de una valentía astuciosa: a la fiera enemiga siempre le da frente sea cual sea su corpulencia. Y luce su cerebro cuando ha de enfrentarse a varios enemigos que se caractericen por su traidora manera de pelear. Entonces ataca por el flanco y no de frente.

—Bien, y suponiendo que yo procure asimilar esta lección de zoología, y suponiendo también que mi cerebro no puede igualar al suyo, ¿qué haría usted, Margy? ¿Cómo enfocaría la ruptura de hostilidades?

—Para, usted no son hostilidades, Maloney. Debe recordar que persigue una presa: treinta rubíes. No será batallando de frente que los conseguirá. Habrá de procurarse la entrada al palacete de Kwei por la astucia, sin temeridad inútil. Una vez dentro, si tiene que luchar, entonces sea la agresiva pantera, pero ahora emplee de la fiera su astucia. En otras palabras, vaya a visitar a Mei-Hsi. Hágase buen amigo de ella. Al fin y al cabo, es usted un buen mozo…

—No me hace muchas cosquillas la idea de mentirle a una mujer.

Margaret Simpson volvió a sonreír con melancolía.

—Nosotras mentimos mucho, Maloney. Recuérdelo siempre. Es usted demasiado…

—Ya lo sé, ya lo sé: no nací cuando Napoleón jugaba a los bolos.

—No iba a reprocharle su juventud, sino su nobleza temperamental. Quiere usted ver en todos la misma franqueza que a usted le caracteriza. Y eso le proporcionará desengaños. Hágame caso: mienta a Mei-Hsi sin escrúpulos. Y si consigue entrar en el palacete por mediación de ella, yo le acompañaré. Tengo que matar personalmente a Kwei. Recuerde: tiene que venir a buscarme. Necesito matar a Kwei. No habrá descanso para mí hasta que este asesino perezca bajo mi mano.

Ross Maloney miró las blancas manos de la inglesa, y comenzó a aplicar prácticamente las enseñanzas de su profesora. Decidió mentalmente que si lograba entrar en el palacete, no avisaría a Margy. Si Kwei era un asesino, él mismo se encargaría de truncar su ejecutoria. Se levantó.

—Bien, Margy. Voy a visitar a Mei-Hsi.

—Desarrugue el ceño. Tiene usted que sonreír amablemente.

—¿Así? —y puso rostro de cómico embobamiento—. Todo sea por los cinco mil dólares de Yuan-Kang.

***

Mei-Hsi abrillantaba cuidadosamente sus cejas cuando levantó la vista al sentir unos pasos indolentes atravesar la tienda y acercarse a su mostrador.

Ross Maloney guiñó un ojo sonriente y tendió una cajita envuelta en papel multicolor.

—Buenos días, Mei-Hsi. He vuelto a Shangai y quiero que hagamos las paces. Te traigo un regalito: míralo. Para ti.

—No quiero regalos tuyos. Me regalaste una vez un abanico, y me aseguraste que me maldecías.

—Bah, bah. Boberías mías de muchacho. He vivido algo más, almendrita, y quiero que seamos amigos. Fuiste mi primer amor, y siempre te… pues, eso, te recuerdo cuando por todas partes hay mar.

Mei-Hsi silenciosamente cogió el paquete y lo abrió. La cajita contenía una plancha de cartón envuelta en terciopelo negro sobre la que se destacaba una gargantilla de corales engarzada con piedras verdes. Brillaron sus ojos de contento.

—Gracias, Ross. Siéntate.

Maloney sentóse sobre el mostrador, echando hacia atrás su gorra blanca y balanceando sus largas piernas, algo cohibido.

—Has progresado. Llevas insignias de capitán mercante. Ascendiste muy de prisa.

—Estoy en regla ante la ley, almendrita. Soy capitán mercante y mi título es legítimo.

—He oído decir que hundiste un barco o dos de Kwei.



Lee en segunda plana...

—¿Kwei? ¿Quién es Kwei?

Y la carcajada jovial de Ross Maloney halló eco en la tenue sonrisa de la china.

—Progresas, capitán. Pero… tu carrera terminará pronto. Yo no quiero ir

contigo porque eres un muerto en pie.

—¡Demonios! Ahora estoy vivísimo y sentado. ¿O es que piensas apuñalarme con tus uñas preciosas?

—Kwei te busca… Kwei te matará… Tino Bordini te busca… Tino Bordini te mataría…

—Uno de los dos sobra, almendrita. Si el uno me mata, el otro tendrá que quedarse con las ganas.

—Bordini es brazo al servicio de Kwei.

—¿Cómo sabes tantas cosas que yo mismo no sé?

—Kwei me honra con su benevolencia… Dime, Ross: ¿querías mucho a Perry Carter?

—Le tengo mucha ley. Me dió la pitanza cuando tenía hambre y me enseñó a pelear. Por él soy hoy quien soy. ¿Por qué mezclas a Perry ahora en esta conversación?

—Porque Perry Carter ha sido la primera piedrecita en tu camino de muerte, Ross Maloney.

Mei-Hsi inclinóse y de una mesita diminuta cogió un periódico, que tendió al americano. Maloney la miró, interrogante.

—Lee en segundo plana. Al final de la primera columna.

Ross Maloney leyó primero con indiferencia; de pronto saltó del mostrador, lanzando varias interjecciones rabiosas. Estrujó el periódico entre sus dos manos, que temblaban a impulsos de una fuerte emoción.

—¡Diez años de vida diría por saber quién mató a Carter!

Mei-Hsi inclinó la cabecita y, sonriente, semejó un pajarito gorjeando al decir con voz melodiosa:

—El mismo que te matará, Ross Maloney. Ha sido Kwei el soplo y Tino Bordini la fuerza.

Ross Maloney apoyó las dos manos sobre el mostrador, y sus ojos miraron con tanta dureza a la oriental, que ésta retrocedió el busto levantándose a medias.

Pero recordó Maloney las lecciones de Margaret. Con un esfuerzo logró dominarse, e intentó una forzada sonrisa.

—Perdona, Mei-Hsi. ¿Puedo preguntarte cómo sabes con tanta certeza quiénes son los culpables de la muerte de mi amigo?

—Te dije ya que gozo de la benevolencia de Kwei.

Ross Maloney pasóse una mano por la frente. Recordaba a Perry Carter, exuberante de vitalidad, amante de la buena mesa, metódico y trabajador…, y ahora un pingajo mutilado sobre una mesa forense, en una fría sala policial.

—Dime, Mei-Hsi. ¿No has pensado alguna vez que hay otras tierras donde el aire brilla de luz y que son muy distintas a ese agujero húmedo donde se mustia tu belleza? ¿No te gustaría surcar mares y conocer ambientes opuestos?

—¿Qué pretendes?

—Me gustaría que fueses mi reina. Te cubriría de vestidos caros y de

piedras relucientes…

—¿A cambio de…?

—De dejarme saludar a Bordini y a Kwei en el palacete de la colina.

—¿Por qué crees que yo pueda con seguirte esa entrevista?

—¿No dijiste que Kwei te distingue con su benevolencia?

—Pero Bordini me odia y le odio, porque hace todo lo posible para envenenar el ánimo de Kwei, diciéndole que yo quiero casarme con su hijo más joven.

—Entonces… mejor aún, almendrita. Si Bordini desaparece, podrás dedicarte al hijo más joven de Kwei. Y con tu belleza serás dueña de la riqueza de Kwei, por conducto de su hijo.

Mei-Hsi lanzó una mirada de soslayo al poco hábil disimulador.

—¿No decías antes que querías llevarme contigo?

—Pero si tu corazón pertenece a otro… me inclinaré. Ya tan sólo quiero entrar en el palacete para vengar la muerte de Perry Carter. ¿Por qué había de matarlo? ¿Qué le hizo?

—Su gran culpa para Kwei era la de ser amigo tuyo. ¿Tienes mucho deseo de verte con Bordini?

—Por entrar en el palacete y charlar con Kwei y su alma del diablo, sería capaz de todo.

—Yo puedo ayudarte, Ross Maloney. Si vences a Bordini, te lo agradeceré. Pero debo advertirte que entrar en el palacete quizá yo pueda logrártelo… pero no saldrás…

—Ábreme la puerta y déjame que pise un ladrillo frente a Bordini en el interior del palacete. Lo demás corre de mi cuenta.

—Como quieras. El viernes, a las once de la noche, viene un palanquín a buscarme para conducirme al palacio de Kwei. Lleva a los lados cortinas que velen mi persona. Tú… puedes venir conmigo.

Impulsivamente, Ross Maloney cogió entre las suyas las dos manecitas de la oriental.

—Gracias, almendrita. Y… ¿no puede ocurrirte nada a ti? Si Kwei se entera de que tú…

—No me veas hasta el viernes por la noche a las once menos cuarto. Y después… que tus dioses te ayuden.

Sacudió Maloney enérgicamente las dos manos apresadas.

—Hasta el viernes por la noche, Mei-Hsi. Que tus dioses te concedan todas las felicidades que desees.

Capítulo IX

LOS DOS PRIMEROS «ROUNDS»

Eran las seis de la tarde cuando Tino Bordini llamó con los nudillos en la puerta de la habitación de Margaret Simpson.

—Hola, Hsum Wu Hu. ¿Tú aprecias la integridad de tu bello rostro? —y el corso, al hacer la pregunta, exhibió sus blancos dientes en mueca aviesa.

—No te entiendo —replicó ella con fingida altivez.

—No quieres entenderme, gata Inglesa. Es preciso que sepas que conmigo no se juega. Si yo te pido que hables, lo hago porque estoy cierto de que me contestarás sin mentir… a menos que estés ya cansada de vivir. ¿Está claro?

—Sí. Pero yo no te he mentido.

—Lo sabremos. Ayer noche saliste del *cabaret* con Maloney. ¿Dónde te dejó?

—Aquí. Y se marchó. Es un muchacho joven… sin experiencia.

—¿Se marchó? ¿Estás segura? ¿Dónde fué?

—No lo sé. Comprenderás que no se lo pregunté, ya que estoy cierta que volverá al «Phan-Tong».

La diestra de Tino Bordini se levantó chocando contra la mejilla de Margaret, que retrocedió.

—Como aviso, gata inglesa. Vas a procurar jugar limpio. Cuando Maloney venga al «Phan-Tong», irás al teléfono y me lo comunicarás. Yo te diré lo qué habrás de hacer.

Inesperadamente, Margaret Simpson abalanzóse hacia delante. Tino Bordini esquivó la acometida de las uñas engarfiadas y se disponía a golpear a la mujer, cuando a sus espaldas una voz advirtió calmosamente:

—Aunque tarde aun llego a punto. ¿Qué demonio es eso de…?

Ross Maloney no conocía a Tino Bordini; le creyó un exasperado. Ladeóse de un salto, al ver aparecer en la diestra del corso una automática.

Con felina rapidez enlazó sus dos brazos alrededor de las piernas del corso, derribándolo al suelo.

—¡Es Bordini! —gritó Margaret Simpson.

El *gangster* era no sólo hombre dotado de hercúlea constitución, sino que estaba avezado a toda clase de luchas. Intentó liberar su muñeca aprisionada, pero los dedos que la sujetaban parecieron convertirse de pronto en unas tenazas de hierro que, haciéndole crujir los huesos, le obligaron a soltar su arma.

Como si repentinamente se hubiese desencadenado un huracán asolador, vióse Tino Bordini levantado en vilo y proyectado contra la pared.

Su cabeza, al chocar contra el tabique, hizo caer un cuadro; cubrióse en cerrada guardia, pero la avalancha humana en que habíase convertido Ross Maloney zarandeó de un lado a otro al italiano que, flotando semiinconsciente, derribó con las espaldas una mesa.

Otro directo entre las dos cejas le hizo sentarse encima de la mesa derribada, que se rompió.

En salto salvaje, abatióse Maloney encima de él, y sus dos puños, como

émbolos sin control en cuanto a la rapidez, pero eficazmente dirigidos, acabaron de privar por completo del sentido a Bordini, que quedó boca arriba, sangrante y sin movimiento encima de los restos de la mesa rota.

Levantóse Ross Maloney lamiéndose los nudillos de la derecha, despellejados.

—Con que éste es el asesino de Perry Carter, ¿no? —inquirió con ronca voz, sin mirar a Margaret Simpson.

—Y el que mató a mis padres.

El pie de Maloney propinó un puntapié a la automática, que fué a deslizarse bajo una mesita en un rincón de la alcoba.

—¿,Qué vino a hacer aquí? —volvió a preguntar Maloney.

—Deseaba encontrarle a usted.

—Ya me ha encontrado.

Agachóse Maloney y, asiendo por las dos solapas al inconsciente *gangster*, lo levantó, lanzándolo rudamente contra un sillón, donde quedó desmadejado, como un saco vacío.

Las dos cejas abiertas, la nariz tumefacta y los labios partidos del corso convertían su rostro en una masa sanguinolenta.

—Traiga un jarro de agua, Margy.

Obedeció ella, regresando con una garrafa de cristal, cuyo contenido fué Maloney vertiendo lentamente por entre el cuello de la camisa y la piel del *gangster*.

—La columna vertebral, así acariciada, hace vibrar los sentidos —comentó, ceñudo, Maloney—. Despertará…

Con la otra mano asió los cabellos del corso, sacudiéndole la cabeza.

Tino Bordini suspiró tenuemente, se removió inquieto y por fin abrió los ojos. Dejó caer Maloney la garrafa sobre la alfombra, pero siguió manteniendo la cabeza de Bordini por los cabellos.

—Tengo entendido que me buscabas, Bordini. Quedas complacido. Ahora compláceme a mí. ¿Por qué me andabas pisando los talones?

Por entre sus párpados tumefactos deslizó el *gangster* una mirada angustiada al que le preguntaba sus motivos para perseguirle.

Habló tartajosamente, con dificultad:

—Yo cumplía… órdenes de Kwei. Quiere hablar contigo.

—Y tú eres la paloma de paz con el olivo en el pico. Tengo la vaga sospecha de que Kwei va a quedarse sin uno de sus más eficaces asesinos.

La diestra de Maloney sacudió por los cabellos al *gangster*.

—Con el «escupe-fuegos» en la mano eres un buen asesino, pero puños desnudos eres un fardo inútil.

Ross Maloney administró una nueva sacudida y la cabeza de Tino Bordini fué de un lado para otro. El *gangster* gimió sordamente.

—¿Por qué mataste a Perry Carter?

—No… fui yo…

Repentinamente el corso intentó una llave de «jiu-ji-tsu» con la mano

abierta y rígida, dirigiendo el borde de la palma hacia la yugular de Maloney, inclinado hacia él.

Limitóse Maloney a propinar un seco puñetazo corto en el antebrazo agresor… Las rodillas del corso se alzaron buscando el estómago adversario…

Con un manotazo Maloney ladeó las rodillas de Bordini.

—Pistola en mano valías quizá algo, asesino. Pero a manos limpias eres un infeliz. Casi me asquea matarte; es como si me dispusiera a pisar un escorpión. Levántate, Bordini…

—¿Qué… vas a hacer conmigo? —balbuceó el *gangster*, retrepándose aún más en su sillón.

Estaba acobardado por el tono inexorable con el que el joven pelirrojo le hablaba. Ross Maloney se separó unos pasos, apoyando los puños en sus caderas.

—Levántate y defiéndete. Pienso vapulearte hasta que no seas más que una masa pulposa, y como mancharías la alfombra al caer, te echaré por la ventana.

La alcoba de Margaret Simpson estaba en el cuarto rellano y último del hotel. Tino Bordini pasóse la lengua por los resecos y agrietados labios.

—Yo… te puedo ayudar, Maloney. Puedo hacerte… entrar en el palacio de Kwei… Hay muchas joyas…

—De traidores siempre la traición hay que esperar. Anda, levántale, o ¿quieres que empiece a pegarte estando sentado? Te dolerá igual y tendrás menos probabilidades de defenderte.

Tino Bordini se incorporó penosamente; exageraba los efectos de la precedente paliza. Púsose en pie, vacilante.

—No puedo… luchar contigo, Maloney. Vas a asesinarme.

—¿Podían luchar contigo los que ametrallaste a disparos por la espalda? Yo te concedo una posibilidad.

—Déjame… déjame fumar… mi último pitillo.

—Creo que esto lo permiten hasta en Sing-Sing. No voy a ser menos. Fuma, pero de prisa. A Perry Carter no le debiste dejar fumar su último cigarrillo.

Margaret Simpson desde el principio de la lucha se había colocado en una esquina de la alcoba. No reconocía ya al indolente y desgarbado muchacho que enrojecía al hablarle…

Veía a un insensible atleta, confiado en su misión de ejecutor.

Tino Bordini hurgó en los bolsillos de su chaleco hasta sacar una bolsita de tabaco. Desanudó con los dientes el lazo que la cerraba y sopló en el papel de fumar para mantenerlo rígido.

Sus dedos temblaban, y parte del tabaco se derramó en el suelo. Por fin logró rellenar el espacio ahuecado… y de pronto tiró el tabaco a los ojos de Ross Maloney.

Fué atinada su puntería. Un violento escozor cegó a Maloney, que, a

pesar del agudo dolor, avanzó hacia el *gangster*.

Tino Bordini corrió hacia la mesita bajo la que estaba su pistola, pero ya Margaret Simpson, agachada, acababa de coger el arma.

El *gangster* corrió ahora hacia la ventana y aceleradamente saltó el marco de madera…

Cuando Margaret Simpson, pistola en mano, asomóse, no era ya visible Bordini, protegido por los sucesivos rellanos de la escalerilla de incendios por la que descendía.

Regresó Margaret al interior, donde, exasperado, frotábase Maloney los ojos con los nudillos como si quisiera hacérselos saltar de sus cuencas.

—Se fué… Quiso ir a por su arma, pero le corté el paso. Pero se ha escapado. ¿Le duelen los ojos?

—Más me dolería si él hubiera descargado su arma en mi seso de mosquito.

—Aguarde sin frotarse.

Regresó Margaret portando un frasquito de agua bórica y algodón. Apartó las manos de Maloney y, empujándole suavemente, le obligó a sentarse.

Fué pasando el algodón empapado en agua bórica por los párpados enrojecidos. El suave masaje hizo disminuir el escozor.

—Abra los ojos ahora.

Vertió en el interior unas gotas de agua bórica, soplando y ayudándose con un algodón enrollado en varilla fué quitando las motas parduscas que habían destilado su nicotina velando de marrón las pupilas.

Tras cinco minutos de cuidadosa cura, los ojos de Maloney se normalizaron y pudo mantener abiertos los párpados.

Margaret Simpson depositó sobre la mesita de noche el frasco y el resto de algodón.

—Magnifica enfermera, Margy. Pero debería usted azotarme como a un niño bobo, que eso es lo que soy. He dejado escapar a ese maldito asesino.

—Demasiado generoso es usted, Maloney. La pantera no permite a su presa que respire más aire del preciso. Pero no se preocupe. Volverá a encontrarse con Bordini.

—Temo por usted. Ya no podrá ir al «Phan-tong», porque él la acechará…

—Andaré precavida. No se preocupe por mí. Piense sólo en sus rubíes y en el palacete de Kwei.

—¿Por qué ha de volver al «Phan-tong»? Yo… le facilitaré un préstamo… —dijo Maloney, enrojeciendo—. Tome pasaje a bordo del primer barco que vaya a Inglaterra… Yo me encargo de Kwei y su pandilla… No les dejaré fumar…

Sonrió Margaret, y su mano se posó en el hombro de Maloney.

—Gracias, Capitán Pantera.. Pero no acepto. Lo que empecé y tanto trabajo me costó debo terminarlo.

—Bien. Entonces voy a ser su sombra permanente. No quiero que, por mi

torpeza, usted vaya a caer acribillada por Tino Bordini.

***

Tino Bordini, apenas abandonó la escalerilla de incendios, dirigióse a paso apresurado hacia un bar, en cuya cabina telefónica marcó los números del teléfono al que siempre llamaba a Fioretto.

Aguardó a que el camarero llamase al chofer pistolero, y poco después la voz ceceante y de fuerte acento de Fioretto preguntaba al otro extremo del hilo

—¿Eres tú, Tino?

—Con el coche ven aquí a la calle Residente, en el bar «Annam». Busca inmediatamente a Rodney y a Scoundrel. Es urgente.

—Están conmigo… Una partida de billar que…

—Te espero.

Colgó Bordini, y desde una mesa colocada tras los ventanales del «Annam» vigiló la salida del hotel donde residía Margaret Simpson.

***

Margaret Simpson, vestida de noche y maquillada con exageración, era de nuevo la tanguista que se disponía a empezar su nocturna labor.

En el «hall» del hotel volvió a insistir:

—No es necesario que me acompañe. Todas las noches viene a buscarme un taxi, porque no deseo pasearme así vestida por las calles.

—Escuche. Si a usted le pasase cualquier percance, toda mi vida me consideraría yo el culpable. No pienso darle el «tostón» durante años. Sólo hasta que Bordini y Kwei cesen de existir.

—Me gusta su aplomo, Maloney. Da por cierto que seguirá usted en pie…

—Naturalmente. La base del éxito es el optimismo.

Cuando llegó el taxi, Ross Maloney acomodóse junto a la inglesa.

—Créame, Margy, aun es tiempo. Váyase. No vive usted ni en su ambiente ni sacará nada en limpio con regresar al «Phan-tong»… ¡Muchacho! —gritó de pronto al chofer, que, extrañado, volvió la cabeza—. Vira a la derecha…

—Pero, si para ir al «Phan-tong»… — empezó a decir el chofer.

—Vira, ¡maldito seas, o te aporreo! ¡Rápido!

Asustado, obedeció el chofer. Margaret Simpson miró hacia donde Ross Maloney, vuelto en el asiento, miraba a través de la estrecha mirilla posterior del desvencijado taxi.

Un coche ocupado por cuatro hombres semiagachados seguía al taxi.

—Aguardaban en la calle… y nos esperaban —explicó Maloney—. ¡Vira a la izquierda! ¡Pisa el acelerador, muchacho!

Profundamente asustado, el chofer obedeció. Maloney señaló a sus espaldas.

—Mírelo si quiere, Margy. Vea como también ellos repiten los golpes de volante de nuestro conductor. ¡Tú! Sigue pisando el acelerador y da virajes siempre que encuentres un callejón donde meterte. Hazlo bien… o te van a reventar los neumáticos y quizá el pelleja también.

El taxi adquirió su máxima velocidad. Ross Maloney desabrochó su guerrera y atrajo hacia delante y al centro de su cinturón los dos «Colt».

Entreabrió la portezuela, manteniendo en ella su diestra.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirió ella, asustada.

—Bajar. Desde aquí dentro nos acribillarán a placer. Les esperaré en un viraje y…

—¡No lo haga! Tengo miedo…

—Yo también tengo miedo… Pero así nada resolvemos… Hay que jugárselo todo a un golpe dado. ¡Vira!

Cuando el taxi, rechinando sobre sus ruedas traseras, entró en otro callejón oscuro, saltó Maloney al suelo.

El taxi siguió a toda velocidad…

Adherido a la pared en su parte más umbría, Ross Maloney sintió casi el roce del automóvil en el que iban Tino Bordini y sus hombres.

Con decisión suicida saltó al portamaletas, aferrando sus dos manos alrededor del asidero metálico.

El coche, embalado, disminuía la distancia que le separaba del taxi que, dando tumbos, tomaba continuamente nuevos virajes en su huida.

En el interior del coche, conducido por Fioretto, Tino Bordini, sentado junto a éste, ordenó:

—Ajusta el silenciador, Socundrel. Dispara a los neumáticos. Por esos callejones se escapará si no le deshinchamos las gomas.

El llamado Scoundrel asomó el busto por la ventanilla lateral, empuñando un largo revólver.

Asiéndose con una sola mano y conservando a duras penas el equilibrio, avanzó Maloney una de sus piernas hasta colocar un pie en el estribo.

Entonces, con frenética contundencia, asestó un puñetazo en la nuca del asombrado Scoundrel… Cogióse con la misma mano que acababa de golpear al borde de la ventanilla abierta.

—¡Cuidado! —gritó el acompañante de Scoundrel.

Disparó ciegamente contra el repentino agresor, pero sus balas se hundieron en la cabeza de Scoundrel. Ross Maloney, protegido por el busto de Scoundrel, colgante de la ventanilla, disparó a su vez con el «Colt» que mantenía en la zurda.

La sorpresa del ataque, tan inesperado, paralizó por unos segundos toda reacción en Tino Bordini. Sintió en su nuca la presión de un redondo y duro tubo de inquietante ardor.

—¡Tortilla de sesos, Bordini, para tu chofer!

El corso iba a hablar, pero Fioretto, esgrimiendo una llave inglesa que acababa de recoger entre sus piernas, la lanzó contra el que ocupaba el estribo.

Agachóse Maloney y, abriendo la portezuela, saltó al interior, rompiendo de un culatazo la bombilla que iluminaba el coche y los cuerpos de Scoundrel y Rodney.

Los frenos silbaron agudamente, al detener Fioretto en seco el motor. En la oscuridad, disparó Bordini. Los dos «Colt» de Maloney escupieron sendas llamaradas, apoyados en el respaldo del asiento y enfocando a los dos pistoleros.

Abrió Fioretto la portezuela de un codazo, pero era su último impulso vital. Cayó arrodillado en la calle, dió una vuelta sobre sí mismo y quedó encogido, sin vida.

Tino Bordini, agujereada la frente por tres balazos, estremeciese en los últimos estertores.

Limpióse Maloney el sudor que perlaba en su frente y, levantándose, pasó por encima del respaldo hasta sentarse en el lugar antes ocupado por Fioretto.

Desde allí empujó el cuerpo de Scoundrel, que cayó fuera, y volvió a cerrar la portezuela. Pisó el acelerador, desembragando, y tomó el camino que conducía a la colina donde se erigía el palacete de Kwei, el Poderoso.

Faltaba medio kilómetro para llegar ante la gran verja del palacio, cuando detuvo el coche Maloney. Hurgó en los bolsillos de Bordini hasta sacar un lápiz.

Cogiendo una guía Michelin, arrancó un trozo y en el reverso blanco escribió a la luz de un faro, después de bajar del coche:

> «A Kwei, el asesino de Perry Carter:
>
> »Yo, Ross Maloney, acabo de ajusticiar a tus criminales europeos. Dejo para más adelante ejecutarte a tí.»

Subió al estribo, colocando el pedazo de papel escrito en el sombrero fieltro de Bordini, caído en el suelo. Lo insertó, entre el fieltro y la cinta.

Desde el mismo estribo maniobró conduciendo el coche hacia el muro del palacete. Pisó el acelerador a fondo, dio un brusco golpe al volante y saltó al suelo.

El coche, con su carga macabra, fue a estrellarse contra el muro. Del interior del jardín se oyeron voces y carreras.

Ross Maloney no aguardó los acontecimientos. Internóse en la espesura circundante, y a largas zancadas emprendió el camino hacia la ciudad.

CAPÍTULO X

GOTAS DE SANGRE…

Mei-Hsi, vistiendo sus mejores galas y perfumada con macerados extractos de flores, acarició pensativa la seda de su negro kimono,

Sus uñas arañaron la superficie en relieve del dragón de oro bordado en su pecho, mientras contemplaba en silencio a Ross Maloney.

El americano consultó su reloj de pulsera. Marcaba las once menos cinco minutos.

—Es de suponer que Kwei no se olvidará que hoy es viernes y que tiene que honrarte con su… benevolencia.

—No lo olvidará. Ten por seguro que en China la puntualidad es aún más apreciada que entre los británicos. Quisiera preguntarte una cosa, Ross Maloney.

—Pregunta.

—¿Sabes a lo que te expones? Yo puedo hacerte entrar en el palacio… pero eres un hombre solo. ¿Qué piensas lograr? Vas a una muerte cierta. ¿Tan valiente eres o tanto desprecio le tienes a tu vida?

—Si soy o no valiente yo mismo no lo sé. La vida es muy bella cuando la sangre circula generosa por las venas… Lo único que sé es que tengo quo entrar en la guarida de Kwei. No te arrepentirás, Mei-Hsi. Porque, si muero, tus ojos no me llorarán, y si triunfo, el hijo de Kwei será tu esposo.

Llevóse ella un índice a los labios. Ante la tienda, un artefacto acababa de detenerse. Era una silla de manos, conducida por dos mongoles.

La caja que tenía que ser ocupada por Mei-Hsi tenía las cortinas echadas. Mei-Hsi señaló a Maloney la parte posterior de la puerta abierta.

Maloney deslizóse hacia allá. Oyó la voz de Mei-Hsi llamando a los portadores, que entraron, acercándose al mostrador, vueltas las espaldas a la puerta.

La delicada figura de la oriental semejaba una estatuilla de porcelana cuando ofrecía a los dos mongoles sendas tazas de aromático y humeante brebaje.

Ross Maloney, andando sobre la punta de sus zapatillas de tenis, salió y, contorneando el palanquín, abrió las cortinas por el lado opuesto a la puerta.

Hallóse en un reducido espacio oscuro y sentóse encima de blandos cojines. Poco después una diminuta figurilla sentábase a su lado, cogiendo su mano.

El palanquín se puso en movimiento, y balanceándose de lado a lado fue meciendo a los dos pasajeros.

Los labios de Mei-Hsi se aplicaron sobre la oreja de Maloney.

—No te muevas hasta que yo descienda. Será que estamos ante el salón de entrada a las habitaciones de Kwei, y ya habremos atravesado las tres filas de guardianes mongoles.

De vez en cuando las cortinas, al balanceo de la marcha, se entreabrían. La noche era fresca y destacábanse rotundamente los contornos del paisaje

bañado por luz lunar.



Sus uñas arañaron…

La media hora de marcha al paso apresurado de los portadores veloces y ejercitados parecióle a Maloney que duraba un siglo. Por fin el palanquín se inmovilizó y Mei-Hsi, con un último apretón de manos, descendió.

Aguardó Maloney unos segundos, e iba ya a descender, cuando las cortinas a ambos lados del palanquín se abrieron simultáneamente y por las aberturas aparecieron distintas y refulgentes varias hojas de acero dirigidas rectamente hacia el pecho del americano.

Ross Maloney empuñó las dos culatas… Sonó una voz gutural y el palanquín, como si estuviera sobre un cráter, dió varias vueltas, haciendo perder el equilibrio al que se hallaba en su interior.

Múltiples manos forzudas aferráronse al cuerpo de Maloney. Cuerdas y telas aceitadas resbalaron por su rostro y su tórax, hasta terminar en sus tobillos. La silenciosa resistencia de Maloney quedó colocada por la decena

de mongoles que, aplastándole bajo su peso, le mantenían inmóvil.

Cuando un brutal levantamiento de varios brazos le puso en pie, empujándole vigorosamente hacia el salón iluminado, Ross Maloney, andando trabajosamente con los tobillos trabados, miróse el cuerpo surcado por múltiples vueltas de fino cordel aceitoso que le mantenía los brazos impotentes y amarrado contra su propio cuerpo.

Hallase en una sala lujosamente revestida de alfombras y tapices multicolores. Al fondo, sentado en un ancho sillón recamado de pieles, Kwei, apoyados los dos codos en los brazos del sillón, formaba con sus manos un triángulo que apoyaba en sus labios.

Miraba, fijamente al americano, con intensa concentración. Junto a él, sentada en el suelo, Mei-Hsi sonreía perversamente.

—Es el blanco más incauto que he conocido, mi gran señor —habló ella con dulce entonación.

Kwei hizo una leve señal, sin mover sus manos, agitando solamente el índico. En las espaldas de Maloney dos agudos pinchazos le indicaron que los sables le ordenaban avanzar.

Dos otros sables se aplicaron en su pecho para detenerlo a tres pasos del sillón ocupada por Kwei.

Diez mongoles formaban alrededor de Ross Maloney una guardia de tensa vigilancia.

Kwei habló con monótona entonación y en correcto inglés:

—Mataste a mi hijo, blanco…

—Fue en combate leal. Podría él haberme matado si no llego a ser más rápido. Azares de la piratería.

—Mataste a Bordini y sus tres hombres y me mandaste un retador desafío.

—Porque asesinaron a mi único amigo. Un americano llamado Ferry Carter.

—¿Para qué pediste a Mei-Hsi que te facilitara la entrada aquí?

Ross Maloney mordióse los labios antes de contestar.

—Si te lo digo no te lo creerás. Deseaba entrar a tu servicio.

Kwei rió silenciosamente, su magro semblante adquirió un maligno aspecto.

Ross Maloney rió con jovial aspereza: Comprendía que había fracasado. Señaló con la barbilla a la acurrucada Mei-Hsi.

—Fallé, Kwei. Me olvidé del consejo de una mujer que me dijo que no fiara de ninguna de sus semejantes. «Okey». Les echaré un discurso práctico a los demonios cuando me reciban. Les diré que no se fíen de las diablesas, porque cuando más ángeles parecen, más engañosas son.

—Creo que no te das cuenta de lo que te espera, blanco. Mataste a mi hijo, y sólo la muerte es poco castigo. Quiero que tus torturas sean tan intensas que…

Detúvose en seco el anciano. Sus mongoles miraron extrañados hacia los

jardines que rodeaban el palacete.

El ruido metálico que acababan de oír pareció la señal para un desencadenamiento de gritos guturales y entrechocar de aceros, entre los que de vez en cuando restallaba un disparo.

Señalaba Kwei la puerta, cuando en el salón irrumpieron sudorosos treinta chinos esgrimiendo yataganes.

Los mongoles lanzáronse hacia ellos… Entraban más atacantes… Una confusa, mezcolanza de torsos brillantes y sables enhiestos rodeó a Ross Maloney, que, estupefacto, vió al viejo Tian, el pirata del «Furia», y al corpulento Ling que, vigorosamente impulsados por un recio ardor combativo, empleaban las mil marrullerías de su experta profesión.

Tian, en ágil esguince, llegó junto a Ross Maloney y en sendos tajos certeros cortó las trenzas de cordeles que inmovilizaban al americano.

En las manos de Maloney aparecieron los dos «Colt». Disparó rápidamente, avanzando hacia la puertecita por donde Kwei y Mei-Hsi habían desaparecido corriendo.

En la sala seguía la lucha…

Un relámpago de acero atravesó el corredor por el que se habla introducido Maloney. Éste dejóse caer de rodillas y disparó hacia el que le había lanzado el cuchillo…

Cuando en dos zancadas llegó junto al tendido agresor, vió el rostro contraído por el dolor de Kwei. Los balazos habían perforado su cuello.

Su postrera mirada fué un inquieto parpadeo hacia la pequeña puerta frente a la que había caído. Pasando por encima de él, entró Maloney en un reducido oratorio.

A los pies de un gigantesco Buda ardía un pebetero desparramando densa colmena de incienso aromático. Alrededor del cuello del ídolo, brillaban con reflejos sangrientos unos gruesos rubís engarzados en tenue cadenilla de oro.

Un grito excitado resonó en la puerta del oratorio… Ross Maloney, que al oír acercarse los pies desnudos corriendo habíase vuelto con un «colt» en cada mano, sonrió alegremente al ver entrar al viejo Tian, tras el que venía Ling arrastrando poco amablemente a una empavorecida Mei-Hsi.

Tian y Ling simultáneamente hablaban, y Ross Maloney, aunque comprendiera alguna de las palabras, no lograba entenderlos completamente.

—Traduce, almendrita —díjole a Mei-Hsi, sonriendo—. ¿Qué dicen esos magníficos «macacos» que han sido tan oportunos?

Mei-Hsi guardó silencio, mirando rencorosamente al americano.

—Por más falsa que seas, almendrita, eres una mujer. Dejaré que vuelvas a tu tienda, si ahora me ayudas. ¿Qué dicen ese par de gesticulantes simios simpáticos?

—Que desobedeciendo a Tcheng, ellos dos y treinta piratas más te vigilaron y te vieron entrar en mi palanquín. Que nos siguieron hasta aquí y desde los muros vieron cómo te atacaban. Que decidieron saltar…

—Muy a tiempo —y Maloney avanzando palmoteó en los hombros del

viejo pirata y del luchador—. ¿Quedan vivos? —preguntó directamente en chino.

Los dos piratas arrugaron la faz en múltiples arrugas, denegando con la cabeza. Ross Maloney acercóse al Buda, quitándole la gargantilla de rubíes que introdujo en su bolsillo.

Señaló después las otras joyas repartidas por el oratorio, y abriendo y cerrando la mano las mostró a los dos piratas, que no necesitaron traducción.

Mientras ellos recogían cuanto de valor había, Ross Maloney aproximóse a Mei-Hsi, que se deslizaba hacia la puerta.

—No te muevas, Mei-Hsi. Te he prometido vida salva y la tendrás. Tú me entregaste a Kwei, pero como americano sólo quiero ver el lado alegre de la vida. Y en mi bolsillo hay ahora cinco mil dólares de rubíes. ¿Por qué me odias, Mei-Hsi? ¿Por qué me traicionaste?

—Eres blanco —dijo ella hoscamente.

—¡Valiente razón! Yo no te odio, almendrita. Y sin embargo, a no ser por esos muchachos amarillos, yo estaría ahora cantando verdaderas óperas de dolor. Ellos también son amarillos y no me odian. Míralos: sólo les falta un rabo y parecerían perros contentos de volver a ver a su dueño. ¿Qué decís ahora? —preguntó Maloney, irritado al no comprender el verboso fluir de palabras con el que Tian y Ling hablaban a la vez.

Mei-Hsi miró con extrañeza a Maloney. Sintió de pronto un repentino respeto por el hombre que, pudiendo matarla, la perdonaba… Pero el respeto obedecía al nombre que acababa de oír pronunciar.

—¿Trabajas para. Yuan Kang? —preguntó.

—Sí. ¿Y qué?

—Dicen ellos que Tcheng tiene orden de Yuan Kang de aguardarte con los cinco mil dólares de los rubíes, y matarte.

Ross Maloney rascóse perplejo la sien.

—Has oído mal, almendrita. ¿Cómo va Tcheng a matarme si le traigo los rubíes que su patrón quiere?

Mei-Hsi habló en chino con los dos piratas. Fuera del oratorio, los restantes piratas que habían venido con Ling y Tian, mostraban en sus manos una heterogénea confusión de joyas y objetos de oro y plata.

—Dicen que cuando Yuan Kang abandonó el «Furia» después de su última visita, le dijo a Tcheng esas palabras: «El huracán blanco va a tierra. Quizás regrese con treinta rubíes. Si te los entrega dale el placer de que sus manos se cierren sobre cinco billetes grandes. Después… el capitán Ross Maloney debe morir. Me ha desobedecido». Dicen que sólo lo oyeron ellos dos, porque eran los que más cerca estaban en cubierta. Y que te aprecian y no quieren que mueras.

Ross Maloney dió un violento taconazo en el suelo, crispando los puños.

—¿Es que nadie juega limpio en esta tierra del demonio?

Mei-Hsi se encogió de hombros, señalando la enigmática sonrisa de la estatua que representaba a Buda.

—Las razas sojuzgadas deben defenderse por la astucia —dijo sentenciosamente.

—La astucia debe emplearse contra quien la emplee. Pero no contra mí… En fin —y Ross Maloney rió sonoramente, pasado ya su arrebato de cólera—. Donde estuvieres, haz lo que vieres. Diles a todos esos que me esperen por los alrededores del «Furia». Que desde bordo les haré señal cuando puedan entrar. De ahora en adelante yo también voy a recordar continuamente que Buda sonríe con traidora humildad engañosa.

Uno a uno fueron desfilando los piratas con su botín. Mei-Hsi miró interrogativamente a Ross Maloney.

—No… puedo creerlo, Ross Maloney.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

—Dos cosas. Que hayas logrado la fiel sumisión de viejos piratas, y que… me perdones la vida. Merezco morir.

Volvió Maloney a reír con su característica carcajada jovial.

—Tú no haces más que cumplir con un tonto prejuicio de raza, almendrita. Ves en mí al odiado blanco que os colonizó. Pero el odio es enfermedad de los débiles. Hay que reír, y aunque tengamos que luchar y morder nunca perder la serenidad. Odiar es torpe, Mei-Hsi. Es una intoxicación, porque envenena la sangre de la misma persona que odia. Adiós, almendrita. Lamento que mis piratas hayan matado a todo bicho viviente de la cuadrilla de asesinos torturadores de Perry Carter. Lo lamento porque te han dejado sin el hijo de Kwei. Pero por otra parte lo celebro, porque hay una inglesita que regresará feliz a medias a su tierra natal. Adiós.

Desfiló Maloney por entre los cadáveres de mongoles que poblaban la sala y el jardín. Iba a atravesar uno de los puentes cuando, irritado, colocó la diestra sobre la culata de una de sus dos pistolas.

Acababa de ver a Mei-Hsi que le seguía y que inclinándose sobre un cadáver recogía un revólver que escondía bajo su kimono. La aguardó fingiendo no haber visto su último gesto.

—¿Por qué me sigues, almendrita?

—Quiero ir contigo donde vayas.

—No te necesito.

—Te equivocas. Puedo servirte de intérprete con tus piratas.

Ross Maloney rió, pero sin alegría.

—Ya. ¿Y a qué obedece esta repentina decisión?

—Porque sé que tú llegarás lejos, Ross Maloney. Y puedes ofrecerme la vida de aventura que añoro…

—¿Qué nueva traición meditas?

Ella entreabrió su kimono mostrando el revólver.

—Vas a ver a Tcheng… y si algo te sucede, yo mataré a Tcheng.

Ross Maloney rascóse de nuevo la sien, echando hacia atrás su gorra.

—¡Que el diablo os comprenda a todas vosotras! Bien, anda delante mío, Mei-Hsi.

Ella sonrió humildemente, y obedeció…

***

El piloto Tcheng acogió la llegada a bordo del «Furia» de Ross Maloney con leve inclinación,

—Alegras mis ojos, señor. Yo esperarte. Tener malas noticias. Tian, el abuelo, y Ling, el luchador, desertar. Irse con otros treinta piratas.

—Ya volverán —dijo indolentemente Maloney—. Ahora tenemos que hablar de otros negocios. Vamos a mi camarote.

En el interior de su camarote, Ross Maloney sonrió.

—¿Tú sabes para qué fui yo a, tierra, Tcheng?

—Sí, señor. Fuiste a coger los rubíes que Yuan Kang desea.

—Eso es. ¿Y qué te dijo Yuan Kang?

—Que cuando tú traerlos, yo darte cinco mil dólares.

—Veamos esos dólares.

Tcheng escarbó bajo su cinto escarlata, y de una bolsita extrajo un rollo, que desdobló. Mostró cinco billetes de mil dólares en abanico arrugado, que colocó encima de la mesa.

—¿No te dijo nada más Yuan Kang?

—No, señor. Tú darme los rubíes y negocio terminado.

—De acuerdo. Trato limpio y lealtad, ¿no es así, Tcheng?

Y Ross Maloney sacó del bolsillo de su guerrera la gargantilla de rubíes, que depositó encima de la mesa. Tcheng colocó a su vez los cinco billetes de mil junto a las gemas rojas que cogió.

Ross Maloney se apoderó de los billetes, que fingió contar, aunque con el rabillo del ojo observaba los menores movimientos del piloto.

Cuando éste rápidamente alzaba su pesado puñal de ancha hoja, Maloney saltó de costado, abatiendo con brutalidad sus dos puños en el cuello de Tcheng…

Repitió por dos veces el golpe, mientras Tcheng iba desplomándose lentamente.

Instantes después, en el suelo del camarote, Tcheng quedaba convertido en un amasijo de ligaduras. Sólo sus pies quedaban libres.

Sentado, Ross Maloney escribía meticulosamente, mordiéndose media lengua. La operación de escribir era para él una ingrata labor.

> «Capitán Pantera al desleal Yuan Kang.
>
> »Ordenaste a Tcheng que me matase. Sucia orden traidora. No le mato a él porque no hizo más que cumplir contigo. Por no tener el sentido práctico comercial, voy a darte una lección. Me quedo con tus cinco mil dólares, con los treinta rubíes y con tu barco y su tripulación. No te quejes. Tú has sido mi maestro.»

Arrolló el papel con un extremo del cinto de Tcheng, al cual levantó en vilo cogiéndole entre sus brazos. Bajó la escalera del velero, y depositó al todavía desvanecido piloto en el suelo.

Unas sombras silenciosas fueron rodeándole. En primera línea, el viejo Tian y Ling, el luchador, le miraban arrugando el rostro.

Mei-Hsi destacó su figurilla.

—Traduce, almendrita. Diles que suban todos a bordo. Tian y Ling se harán cargo del puesto que antes ocupaba Tcheng. Que boguen río adentro hasta la confluencia del afluente Kiu. Allí que me esperen. No tardaré en volver. Tengo que ir a Shangai.

Aguardó unos instantes a que sus palabras fueran traducidas por Mei-Hsi. Uno a uno, los piratas se dirigieron a bordo. Al pasar ante Maloney inclinaban la cabeza…

Mei-Hsi colocó su mano sobre el antebrazo del americano.

—¿Puedo ir contigo, capitán Pantera? —suplicó.

—Si quieres seguir conmigo eres libre de hacerlo, Mei-Hsi. Pero a bordo todos han de obedecerme. Espérame allí.

***

Margaret Simpson acudió al encuentro de Maloney cuando éste entró en su habitación.

—¡No me avisó usted! —gritó a modo de saludo.

—¿De qué? —inquirió Maloney asombrado.

—Le buscan, Maloney. La policía británica sabe ya que un marino americano al frente de unos piratas chinos ha asaltado el palacio de Kwei… El palacio está saqueado…. Han encontrado los cadáveres de Bordini y sus pistoleros, y el de Kwei y sus mongoles.

—…y aquí tiene usted —y Maloney echó sobre la mesa la gargantilla de treinta rubíes—: Treinta gotas de sangre son. Las treinta piezas de Judas, ya que por ellas han muerto inocentes.

Ella retrocedió Con las dos manos engarfiadas a la altura del pecho.

—¿Por qué… por qué… me da esto?

—Porque es suyo. Yo ya cobré los cinco mil dólares en que ajusté el trato. Me he cobrado también un velero.

Impulsivamente avanzó ella pretendiendo besar la diestra del aventurero. Que retrocedió confuso, enrojecido el semblante.

—¡Eh! ¿Qué va usted a hacer, Margy?

—Es usted noble, bueno y…

—¡Freno y marcha atrás! —rió Maloney—. Yo soy un bandido. Nada más que eso. Y usted venderá un par de gotas de sangre, y regresará a Inglaterra. De vez en cuando, si de mi se acuerda, deséeme suerte.

Cerró ella los ojos, y dando un paso tendió los labios. Ross Maloney inclinóse y la besó en ambas mejillas.

—Suerte, Margy.

Se dirigía ya hacia la puerta, cuando ella dijo:

—Dios le bendiga, siempre, Ross Maloney.

Vaciló unos instantes Maloney. Al fin, se encasquetó la gorra y con brusca decisión abandonó la habitación.

Iba ya a salir al «hall» cuando volvióse alerta. Pero era Margaret Simpson quien, sonriendo ya sin melancolía, le tendía un rubí.

—Acéptelo, Maloney. Como recuerdo… Que siempre que esta piedra destelle, vea usted el símbolo de un corazón que en usted piensa y le bendice.

Cogió, Maloney la gema, pero fué aun más rápido el paso con el que más que salir del hotel, huía de Margaret Simpson, la mujer a la que no podía aspirar, porque era de otro ambiente…

***

El velero «Furia» pareció despertar de su letargo cuando un individuo indolente y desgarbado apareció en la puerta de su camarote e hizo una señal.

Ling, el grueso luchador, dió vuelta al timón, mientras Tian, el viejo pirata, ordenaba izar velas.

Mei-Hsi, acuclillada de rodillas, encendía un hornillo donde reposaba una infusión de aromático té.

Al ponerse en movimiento el sampán río abajo, Ross Maloney rió con sonora jovialidad.

—Los dados están echados —dijo en voz alta, manifestando sus pensamientos más que hablando con nadie—. Empieza de veras la carrera pirata del capitán Pantera.

La tripulación entonó un canto que tenía lentas resonancias de melopea.

Mei-Hsi, arrodillada, se levantó y aproximóse a Maloney, tendiéndole una taza de té.

—Cantan el elogio del dios blanco que reinará en los ríos de Asia… —empezó ella a decir en voz que parecía un susurro—. El elogio del pelirrojo que desprecia su vida, perdona la vida de sus enemigos, lucha como una pantera… y domina las voluntades con su risa alegre…

LAS AVENTURAS DEL

CAPITAN PANTERA

en los mares de China cautivarán la atención de los lectores por su veracidad y dinamismo.



La lectura de cada cuaderno le proporcionará nuevas emociones.

Al conocer un nuevo episodio de la Colección

CAPITAN PANTERA

le parecerá asistir a la proyección de una película atrayente y sugestiva.

Próximo cuaderno: LA LEY DEL HAMPA

Le aconsejamos lo adquiera antes de que se agote.

Publicaciones LUX

Palma San Justo, 14 - BARCELONA